

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 8

San José, Costa Rica 1928 Sábado 25 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Mencken, el iconoclasta.
Pedagogía de secreciones internas (1).
Ariel y el Imperialismo yanqui.
La Delegación Salvadoreña en la VI Conferencia Panamericana (y 2).
Sandino o el patriotismo.
Santa Fé de Bogotá.
José Martí (1).

Luis C. Sepúlveda
José Ortega y Gasset
Froylan Turcios
J. Gustavo Guerrero
Mario Santa Cruz
G. Castañeda Aragón
Santiago Argüello

El ingenio de Julio Camba.
Dos artículos.
Interpretación social del arte en América.
José M. Eguren: Sus mejores poesías (1).
Más vale así.
Tablero.
Un aventurero italiano en México.

Andrenio
Julio Camba
Serafin Delmar
B. Sanín Cano

SONÓ el teléfono y a través del audífono una voz femenina de típica entonación secretaril, me dijo que Mr. Mencken—eme, e, ene, ce, ka, e, ene—me esperaría esa misma mañana a las once menos diez.

Mientras que recorría la Quinta Avenida con rumbo a la Oficina del Gran Iconoclasta, la voz secretaril continuaba sonando en mis oídos, no porque tuviera ninguna peculiaridad extraordinaria, sino por el hecho, un tanto raro en el caso de Mencken, de haber deletreado el nombre del célebre escritor como si se tratara de cualquier John Doe, que es la traducción inglesa de Juan Pérez. Sin embargo, es tan ponderosa la fuerza del Anonimato en este país, que aun el nombre de Mencken tiene que ser reducido al mínimo común denominador del deletreo para sacarlo del ejército imponderable de los Nadies. Y por una extraña asociación de ideas, me imaginé el Jefe del Ejecutivo deletreando su nombre por teléfono al hablar con alguien desde sus oficinas de la Casa Blanca.

En las oficinas editoriales de Mencken en Nueva York—la Casa Editora Borzoi—unas quince personas esperaban en fila con la confianza de obtener una vacante que había sido anunciada en los diarios de aquel día. Cuando entré, todos los sin trabajo me miraron de reojo, con una mal contenida expresión de odio, como si yo fuera a amonazarlos sus probabilidades de subsistencia aumentando el número de los solicitantes. Pronto, sin embargo, cambiaron su actitud, cuando el mismo Mencken salió a recibirme.

Henry Louis Mencken, el famoso campeón de la Sinceridad y gran iconoclasta, el hombre que por amor a la verdad es capaz de demostrar que Washington si dijo mentiras—y por lo cual es una de las personas más insultadas en los Estados Unidos—es, aunque parezca extraño, una persona benévola y amable. Y aun cuando ya ésta muy cerca de los cincuenta años no representa más de treinta y cinco. Este es quizá, el único detalle en el cual Mencken no demuestra consistencia con sus doctrinas.

Todo en él es sencillo, llano, simple, con una simplicidad que raya en la vulgaridad, pues, francamente hablando, la apariencia externa de Mencken es la de un albañil endomingado. Sus ojos azules y algo oblicuos, son, por su fuerza de penetración, el único detalle extraordinario de su cara que por lo demás es igual a la de cualquier ciuda-

Mencken, el iconoclasta

Dios me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo para picarlo y mantenerlo despierto.

SÓCRATES.



H. L. Mencken

dano americano tipo *Standard*. Si no fuera por la vivacidad de sus ojos, podríamos confundir a Mencken con cualquier ingenio metodista de esos que tienen el candor de creer en la versión bíblica de la cuadratura de la tierra, o en el secuestro de la sacerdotisa Aimee Semple Mac Pherson.

Tratamos de instalarnos en algunas de sus oficinas «privadas», pero estaban todas tan «en público»—varias damas esperaban en ellas su turno para entrevistar al célebre escritor—que decidimos salirnos al pasillo. En esta Nueva York paradójica sólo se consigue estar en privado en los lugares públicos. Por lo tanto, encontramos que allí en el corredor, junto a una ventana que daba a la Avenida, podíamos charlar libremente, sin que nos molestaran y sin molestar. Allí afuera, mientras el fotógrafo alistar su cámara, Mencken empezó a hablar

sobre tópicos norte y suramericanos, y lo hizo de manera tan directa, sus palabras fueron tan precisas y tan exentas de eufemismos, que el fotógrafo—un ex-marino—estuvo a punto de soltar el chasis que sostenía en su mano derecha.

Así habló Henry Louis Mencken:

—La América Latina siempre está dispuesta a creer a los Estados Unidos, y éste es un gran error. Este país está gobernado por su peor gente, y su política exterior es tan inhonorable que es capaz de hacer efectivas las cuentas más injustificables. Hago especial mención de esto porque en nuestros días, en esta plutocracia que nos gobierna, las deudas son un crimen capital.

—¿Y qué opina usted de la última conferencia Pan Americana de la Habana?—le pregunté recordando que Mencken había estado en la capital cubana durante esa conferencia.

—Tuve la sorpresa de ver que los delegados hispano americanos tomaron en serio el discurso de Coolidge, el cual sólo se puede calificar como un insulto a la mentalidad humana. Los delegados pudieron haberlo analizado, convirtiéndolo en añicos, si hubieran tomado las cosas desde un punto de vista más realista. Cuando Coolidge dijo que los Estados Unidos no tenían tendencias imperialistas, aceptaron sus declaraciones en vez de citarle los hechos. Que le pregunten a Cuba, a Puerto Rico, a Nicaragua y a las Filipinas lo que opinan de esa declaración. Lo que hemos hecho en esos países es algo brutal y despiadado. Los Estados Unidos han estado en las Filipinas por más de una generación y ni siquiera han hecho un estudio decente del país. Sólo se han preocupado de seguir una política de explotación. La causa de todo esto es que aquí hemos reducido la Democracia a su peor expresión. Por lo tanto es prácticamente imposible que una persona inteligente y respetable consiga ocupar un alto puesto público. Esta es la razón por la cual estamos gobernados por la peor gente.

—Deme su opinión personal sobre la intervención.

—Personalmente yo no tengo ninguna objeción que presentar ante la intervención, como tampoco tengo alguna que oponer al robo. Sólo que opino que no deberíamos predicar sobre ella. Está muy bien que un atracador nos dé un atraco, puesto que esa es su profesión, pero lo que no es tolerable es que el atracador, después de que nos roba, todavía insista en leernos cinco capí-

tulos de la Biblia y en obligarnos a que lo acompañemos a cantar un himno sacro. Yo no me opongo a que me roben, pero ¡con diez mil diablos! que se calle el ladrón! Esto no quiere decir que yo presente razones en favor de Nicaragua, que también es una democracia y por lo tanto está gobernada por su peorgente. Hay ocasiones cuando se hace necesario un poco de derramamiento de sangre para evitar inconvenientes con las naciones europeas, o puede ser que después de todo, la América Latina no tenga derechos, pero en este caso deberíamos ser francos sobre el particular. El Imperio Británico, en los países en que gobierna, al menos conserva el orden y confiesa que es imperialista. Lo que nosotros necesitamos es un poco más de realismo. No hay nada que sea irreconciliable entre las dos razas. Los norteamericanos simpatizan de verdad con los hispanoamericanos dondequiera que conviven con ellos, e inmediatamente contraen matrimonios entre las dos razas. Todo andaría muy bien si no fuera por la política y por los diplomáticos de los Estados Unidos.

Hizo una pausa, y luego, con marcado interés me preguntó:

—¿Por qué ustedes los latinoamericanos no nos critican un poco más? Eso nos ayudaría mucho a nosotros. ¿Y por qué los delegados de la América Latina no dijeron ni una sola palabra sobre los atropellos de los Estados Unidos en sus países? Yo al fin me cansé de contemplar el silencio que guardaban, y emprendí el regreso de la Habana.

—En esa Conferencia—le informé yo—todo estaba prearreglado y no se podía decir ni una sola palabra que no estuviera dentro del programa que preparó el Departamento de Estado.

—Es verdad... Además, la Conferencia tuvo lugar en Cuba, cuyo gobierno no representa en ningún sentido al pueblo cubano; sólo representa a la plutocracia americana que ya se ha adueñado de la isla. El hecho es que Cuba está gobernada hoy como si fuera una penitenciaría, y su Gobierno es poco más que un agente de los Estados Unidos. Y lo que es más desconsolador es ver que a los otros gobiernos de la América Latina no les importa que Nicaragua esté atacada por todas partes por los marinos americanos. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que la filosofía plutocrática de los americanos, marchando a la vanguardia de los marinos ha permeado ya a todos los países hispanoamericanos, y así vemos que quien tiene dinero en el Banco se yancofiliza inmediatamente. Esos señores pueden ser todo la latinos que se quiera, pero también son hombres de negocios. Los argentinos, por ejemplo, en vez de protestar contra el atropello de Nicaragua propusieron una unión aduanera que bien sabían que no era posible establecer. En fin, yo ya tengo muy poca fe en la buena voluntad de los pueblos...

—De los gobiernos, querrá usted decir—le apunté yo.

—Sí, es verdad; de los gobiernos. En la Conferencia, por ejemplo, el día en que se izaron las banderas, la de Nicaragua obtuvo una tremenda ovación; la que le dieron a la de Haití fue menor, pero sin embargo fue grande; la de México también obtuvo muchos aplausos, pero cuando izaron la de los Estados Unidos escasamente se oyó un palmeteo. Aquella era la verdadera manifestación de los sentimientos del pueblo, pero luego vino la diplomacia con todos los discursos sobre la «buena voluntad norteamericana», etc., etc., y los sentimientos populares quedaron ahogados. El *New York Times*, el órgano de la Plutocracia, dijo que Hughes había conquistado a los latinos con sus maravillosos discursos sobre la fraternidad. No hay tal! Lo que sucedió fue que los latinos se callaron dejando que cada

cual sacara sus propias conclusiones. Algo que perjudicó mucho a los derechos de la América Latina fue la broma que el Presidente Calles le hizo a los Estados Unidos. Como aquí han dado en decir que Calles es bolchevique, todos se esperaban que iba a enviar una delegación de radicales melindros; en cambio se llevaron el gran chasco porque el Presidente de México envió unos representantes completamente conservadores. Por desgracia esto perjudicó a las naciones más pequeñas que esperaban que México tomara la palabra, y al ver que los mexicanos nada decían, no supieron qué hacer.

—¿Y cuál cree usted que sería la solución conveniente para esta situación?

—Hay muchas enfermedades incurables, lo mismo que hay muchas situaciones políticas que no tienen remedio. Yo sé exactamente lo que es el cáncer, pero no puedo curarlo, ni hay nadie hoy en la tierra que pueda curarlo. Pero esto no quiere decir que debemos sentirnos contentos con el cáncer, como tampoco debemos aceptar sin protestas las cosas malas de nuestros gobiernos. Sin embargo aquí en los Estados Unidos no se oyen quejas contra la democracia, aun cuando no hay razón para que no reconozcamos los defectos de nuestro actual régimen de gobierno, sólo porque no podemos ofrecer uno mejor. Nuestro gobierno, por ejemplo, trata de abolir todas las libertades yendo hasta los hogares de los ciudadanos a decirles lo que pueden comer y beber, y nadie dice una palabra a este respecto. Ahora que el gobierno americano está yendo a otros países a hacer lo mismo, sería bueno que se nos criticara más en Hispano América, pues así se mejoraría nuestra situación doméstica. No es que yo quiera posar de moralista, pero en lo que respeta a los arreglos entre naciones todo se basa en precedentes. Así, si los Estados Unidos van a Nicaragua y la estrangulan, puede ser que tengan razón. Pero que no posen de idealistas. O puede ser que siguiendo la ley de precedentes estemos tratando de repetir lo que hicimos durante la guerra europea. Todo el mundo sabe que los Estados Unidos sacaron todas las ventajas comerciales que pudieron desde 1914 hasta 1917, y que nuestra entrada al conflicto no fue un paso idealista, sino estrictamente comercial.

—¿Y hasta qué punto cree usted que el pueblo de los Estados Unidos permitirá la abolición de libertades?

—No se puede prever ningún límite. El obrero americano, el único que podría revolucionar, no lo hace, y nunca se hará bol-

chevique por una simple razón: porque tiene propiedad. Aun cuando sea un fonógrafo, es una propiedad, y espera obtener más. Por otra parte, tenemos que confesar que hay una cierta necesidad de restricción de libertades para establecer el poder de equilibrio. Por ejemplo, el peor enemigo de la libertad, el peor déspota que se conoce, es el policía de tráfico. Sin embargo, todo el mundo lo obedece porque sabe que sin él no habría tráfico. Lo mismo sucede con las restricciones de la libertad de palabra. ¿Podemos prohibir que un individuo grite «¡Fuego!», en un teatro lleno? Si se puede, y esto desde luego es una supresión de la libertad de palabra. Todo tiene que estar equilibrado, y cuando le quitamos las libertades a las multitudes que no saben usarlas, también tenemos que quitárselas a las gentes que sí saben usarlas. Tomemos por ejemplo, la prohibición. Muchas gentes, y eran sinceros, creyeron que se le debía quitar la bebida al obrero americano porque con ella se estaba convirtiendo en un cerdo. Pero al quitarle la bebida al obrero tuvieron que quitársela a todo el mundo. En Alemania, bajo el régimen del Kaiser, se llegó a un perfecto estado de equilibrio. Es verdad que no había «libertad» para las masas, pero sin embargo, el país progresó maravillosamente. El sistema, empero, tenía defectos, y fueron ellos los que causaron su ruina. Hoy, sin embargo, hay menos libertad en Alemania bajo el régimen democrático que la que había bajo el régimen del kaiser.

—¿Cuál es, entonces, el futuro de la Democracia?

—La Democracia como tal, no tiene futuro. En el continente americano, desde el Canadá hasta el Cabo de Hornos terminará por convertirse en Plutocracia. En todos los campos de la vida el cambio se está operando rápidamente. La prensa latinoamericana que podría ser la única esperanza de resistencia contra el avance de la Plutocracia, ya está controlada por los intereses capitalistas que gobiernan nuestra propia prensa. Hace poco que me informaron que las noticias que se envían de los Estados Unidos a Hispano América no están lo suficientemente tergiversadas para satisfacer a la Plutocracia, y que se hará todo esfuerzo para complacer a Wall Street. Por otra parte, los periódicos hispano americanos están imitando a los peores periódicos de este país, a los periódicos de Hearst y demás basura por el estilo. En fin, formalmente profetizo que llegará el día cuando en todo Hispano América existirá una compañía de cantinas americanas y de puestos de *hot-dogs* (salchichas calientes) esta-

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO. Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

blecida por el sistema de sindicato, operando sin inconvenientes de fronteras internacionales. Esto, desde luego, costará las vidas de muchos marinos que caerán bajo el fuego de los patriotas demodé que hoy se llaman *bandidos*. Pero, después de todo, ¿para qué son los marinos sino para que los maten esos *bandidos*?

Y al llegar a este punto Mencken se acordó de que tenía otra cita pendiente, y cortó el chorro de su fuente *causerie*. Me había estado hablando por más de una hora, a pesar de que su secretaria me anticipara que sólo se me habían concedido veinte minutos para mi entrevista.

Luis C. Sepúlveda

New York. 1928.

(Tomado de *Cromos*, Bogotá).



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Pedagogía de secreciones internas

—De El Sol. Madrid—

1

DE 1850 a 1900, por uno u otro camino, vía Darwin o vía Lamarck, se llegaba siempre a definir la vida esencial como una adaptación al medio⁽¹⁾. Tal modo de pensar conducía por fuerza a atender con excesiva predilección aquellas funciones orgánicas que operan directamente sobre el medio envolvente y que consisten, bien en amoldarse a él, bien en transformarlo. El pelo blanco de la liebre polar sería la aceptación por su parte del color de la nieve sobre que corre milenariamente. En cambio, sus zancajos y la velocidad de su carrera son adaptaciones más positivas: merced a ellas el animal huye, esto es, cambia un medio peligroso por otro favorable. En fin, la mano, sobre todo en el hombre, es el órgano ejemplar de la adaptación creadora, que consiste en transformar provechosamente el medio.

En estas funciones el organismo confina inmediatamente con el medio, con el exterior: son funciones que concluyen fuera del individuo y que, por lo tanto, podemos llamar externas. Las secreciones digestivas son, en este sentido no menos externas que la locomoción o la aprehensión manual, puesto que actúan sobre la realidad exterior que, en forma de alimentos, ha sido introducida en el estómago.⁽²⁾

Habitados los naturalistas a considerar las funciones externas como el prototipo de

la acción vitalmente útil, no sabían bien qué pensar de muchos órganos interiores cuya función no parecía rozarse directamente con el medio. Así toda la serie de glándulas ocupadas en segregar sustancias que son absorbidas difusamente por el organismo y en él desaparecen sin tropezar en ningún punto de su trayectoria con el mundo exterior. Miradas desde la teoría en uso tales órganos y tal función de íntimas exudaciones, parecían completamente inútiles. Ahora bien, la inutilidad es el escándalo biológico como la contradicción es el escándalo lógico.

Por razones, cuyo mero enunciado prolongaría indebidamente estas páginas, la biología de la adaptación propende a considerar la vitalidad como la suma de funciones singulares relativamente independientes. Vida sería, según esto, ver + oír + andar + digerir..., como el río es la colección de los arroyos y riberas preexistentes. Esta propensión hacía olvidar o cegarse para todos aquellos fenómenos que presentan al ser vivo funcionando integralmente, de modo que cada una de sus funciones es operación del organismo entero. No hace mucho que comenzaron los laboratorios a estudiar con mayor cuidado todos estos procesos de unidad funcional⁽³⁾. Merced a ello, se inicia una interpretación de la vida inversa de la tradicional: en lugar de aparecer como una suma que resalta de ciertos sumandos previamente existentes, adquiere más bien el cariz de una división, esto es, de una especificación. La vitalidad es anterior y creadora de sus funciones concretas, el río es padre del arroyo⁽⁴⁾.

(3) Véase: A. Pi y Suñer, *La unidad funcional*, 1917.

(4) En 1879 decía ya el botánico De Bary: «No son las células quienes forman la planta, sino la planta quien forma la célula». Signo inequívoco de los tiempos es que un hombre tan cauteloso y de medias tintas como Oskar Hertwig considere esta fórmula como casi aceptable en su última obra: *La génesis de los organismos*, 1918.

Al amparo de esta tendencia, confesada, tácita o aún inconsciente en muchos investigadores, se ha descubierto la profunda importancia biológica de aquellos órganos y funciones que antes parecían inútiles. No hay, por ventura, en la ciencia actual, capítulo más revolucionario de las viejas concepciones que la doctrina de las secreciones internas.⁽⁵⁾ Ahora resulta que sin esas exudaciones íntimas nada funcionaría en el ser vivo. La glándula vierte su jugo en las canales sanguíneas y al través de su maravillosa red, acaso también por medio del sistema nervioso, hace llegar a los lugares más apartados del cuerpo su sustancia específica excitando la actividad de aquéllos, deprimiéndola, equilibrando y regulando cada función con el resto. Considerando la acción excitadora como la más característica, Starling ha llamado a la sustancia básica de la secreción interna *hormona*, lo *incitante*. He aquí, pues, que la hormona no es útil para adaptación ninguna al mundo exterior: la secreción hormonal no concluye fuera del organismo, no es tangente al medio, no vierte su influjo fuera, no es función externa; por el contrario, nace y termina en la intimidad fisiológica, vierte dentro, es función interna.

De esta sencilla averiguación ha nacido la rama más importante de la terapéutica actual y gracias a ella la medicina se prepara a un gigantesco progreso. Ahora, para obtener el perfecto desarrollo de un órgano o la exactitud de su funcionamiento, no se atiende a él, no se actúa sobre él, antes bien, olvidándolo por completo, se acude a tratar en un plano más hondo de la fisiología esta o aquella secreción interna.

Aparte de sus aplicaciones médicas, dentro de la pura teoría biológica pertenecen las secreciones internas a la clase general de los fenómenos de regulación, que hoy van invadiendo la atención de los laboratorios. Ahora bien, frente a las funciones de adaptación y funcionamiento de los órganos representan las funciones de regulación un orden más profundo de la vitalidad y están mucho más cerca de aquéllas de lo que he llamado vitalidad primaria. El uso que el cangrejo hace de sus pinzas es relativamente mecánico, si se compara con el hecho de que ese mismo cangrejo, rota una de sus pinzas, hace nacer otra nueva en el mismo sitio de su cuerpo. Este es un fenómeno de regeneración, al cual Driesch y otros grandes naturalistas consideran como una forma especial de la regulación. Que un infusorio puesto en movimiento prosiga en la misma dirección, es relativamente mecánico en comparación con un cambio de trayectoria en ese movimiento. Jennings ha estudiado minuciosamente todas las variaciones del movimiento como casos de regulación. Y así sucesivamente, porque la lista no acabaría nunca.

Pasemos ahora a la vitalidad psíquica. También ella ha padecido los mismos errores y manías que la biología corporal durante la pasada centuria. Pero no son éstos lugar ni ocasión para hacer un esquema de la historia de la psicología en los últimos ochenta años. Lo que estrechamente importa a nuestro tema es que también, al observar la vida psíquica, hallamos, por lo pronto, funciones que, sin dejar de ser psíquicas, cabe llamar externas en el sentido que arriba he fijado. La percepción proporciona una aprehensión adecuada del medio, la memoria conserva ésta, tesauroiza nuestras noticias del mundo real y las ciencias naturales, usando de aparatos mentales económicos —como la industria de sus máquinas—, amplían nuestra recepción del medio restaurando el pasado y anticipando el porvenir. Asimismo la conciencia moral al uso adapta

(5) Véase Gregorio Marañón: *La doctrina de las secreciones internas*, 1915.

(1) Así Weissmann, último gran pontífice del «neodarwinismo»: «Todo es adaptación. Adaptación de hoy, de ayer o de los tiempos más remotos». *La teoría de la selección*, 1900.

(2) A fin de no complicar más este ensayo, doy, por supuesto, según las ideas recibidas, que haya una sección de la funcionalidad orgánica susceptible de ser interpretada como una adaptación al medio. Pero claro es que ni mi opinión ni lo que importa más, la de los biólogos actuales, admite ese pacto. Los fenómenos de adaptación verdadera son sólo anormales. Basta recordar los hechos hoy conocidos de la nutrición y la inmunidad para convencerse de que la vida, más bien que una adaptación, parece un ataque al medio.

nuestros apetitos al contorno social eliminando aquellas acciones nuestras que la colectividad castiga o cuando menos reprueba. De este modo sabemos querer lo que, según normas objetivas—esto es, impuestas por el medio—se debe querer.

Todas estas funciones vierten, pues, hacia afuera, confinan con el medio y son regidas por él o directamente en vista de él.

Pero si penetramos alma adentro, hallamos estratos más profundos de vida psíquica, que no es fácil filiar como adaptaciones al medio; antes bien, parecerían audaces inadaptaciones. Y es curioso advertir, desde luego, que esa trastierra espiritual, esa fauna psíquica inadaptada, es mucho más rica, enérgica y abundante que la prudente y útil.

Escojamos un ejemplo entre mil, perteneciente a nuestra vida de voluntad. En la conversación solemos usar, como equivalentes, las ideas de querer y desear. La observación psicológica muestra, sin embargo, que una y otra se refieren a fenómenos psíquicos muy distintos. Querer es querer la realidad de algo, y, por tanto, querer los medios que lo realizan. En última sustancia, es siempre un querer «hacer» algo. Desear, en cambio, es lo que solemos expresar con más rigor cuando hablamos de un «mero deseo». El deseo, en sentido estricto, implica el darse cuenta de que lo deseado es relativa y absolutamente imposible.

Pues bien, en el niño esta diferencia no existe. Ignora que unas cosas son posibles y otras no. Su volición tiene un cariz anterior a esta diferencia entre querer y desear. Cuando la experiencia le va mostrando la imposibilidad de satisfacer ciertos apetitos, y la técnica, para satisfacer otros, su voluntad propiamente tal se va retirando de muchas cosas que persisten, no obstante, como apetecibles bien que irrealizables. El contacto con el medio selecciona del tesoro enorme de apetitos primarios, unos pocos que resultan prácticos mientras el resto perdura desarticulado de su realización exterior, en calidad de «meros deseos». Ciertamente que nada puede ser querido si no ha sido antes objeto de un apetito primario; pero no todo lo que anhelamos lo queremos. De la cuna a la sepultura es la existencia una lucha de fronteras entre nuestras voliciones y nuestros deseos, y en cada instante podríamos hallar en nosotros una zona confusa donde no sabemos si nuestro querer es un mero desear o nuestro desear es ya un querer. Entre ambas provincias interiores hay ósmosis y endósmosis constantes. El deseo es un querer fracasado, es el espectro de una volición: mas, por otra parte, sigue en él viviendo el apetito primario siempre presto a transformarse otra vez en voluntad cuando lo que ayer era imposible parece hoy realizable. El deseo nutre el querer, lo excita, lo gravita constantemente sobre él moviéndolo a ampliarse, a ensayar una vez y otra la realización de lo que ayer era imposible. El deseo es, pues, una función interna. Impráctico si se le confronta con el medio; es útil como regulador de la voluntad y de otras funciones anímicas. Cuanto mayor sea nuestro repertorio de deseos, más grande es la superficie ofrecida a la selección en que se va decantando el querer. El deseo, por lo tanto, vierte su influjo dentro del organismo psíquico.

Es erróneo suponer que un simple aumento de posibilidades multiplica las voliciones. El «nuevo rico» no sabe qué querer; de aquí su falta de originalidad en las adquisiciones que hace, la mayor parte de ellas sin apetito verdadero. Se orienta en los deseos de los demás y compra lo que otros querían. Contra lo que se cree, sin embargo, el «nuevo rico», el «indiano», el «emigrado» da un pequeño contingente al lujo social aunque casos aislados y ruidosos muevan a pensar de otro modo. Es muy característico del hombre humilde que asciende

rápidamente a la riqueza, y no es de condición vanidosa, seguir haciendo vida modesta por carecer de «necesidades»⁽⁶⁾. Generalmente tarda una generación en desarrollarse la vena de los apetitos hasta henchir el cauce de las posibilidades económicas.

Yo sospecho que, si algún día se hace en serio la historia económica de España, aparecerá nuestra raza como mucho más pobre en deseos que en riqueza. Por este motivo no he podido nunca formar en el coro de laudes a la sordidad ibérica, a la falta de necesidades del español. Debilidad en la secreción psíquica interna del deseo, trae consigo mengua de vitalidad e inaptitud para la cultura y la civilización, que son a la postre, no más que el reboso y la sobra de aquélla.

En un artículo sobre el «arte fenicio», muestra Renan las vicisitudes de penuria y

esplendor por que ha pasado Siria, según la varia condición de sus dueños. «Con el triunfo—dice—de los sarracenos y el islam comienza la barbarie. La barbarie, en este país, es siempre el triunfo del beduino, del hombre que tiene pocas necesidades»⁽⁷⁾.

Una pedagogía de adaptación tenderá, movida por su miope utilitarismo, a podar en el niño y el adolescente toda la fronda del deseo dejando sólo aquellos apetitos que el maestro juzga practicables. Con ello vendrá a hacerse cada vez más angosto el círculo de la voluntad y menos bríosos los ímpetus de ensayo. Una pedagogía de secreciones internas cuidará, por el contrario, de fomentar los apetitos formando un abundante stock de ellos en el alma juvenil.

Pero hay en nuestra vida psíquica fenómenos donde el carácter de función interna aparece con mayor pureza y rigor que el deseo.

José Ortega y Gasset

Madrid, marzo de 1920.

Ariel y el Imperialismo yanqui

—De *El Cronista*, Tegucigalpa.—

LEVANTO mi voz para que me oiga la América entera.

Atendiendo drásticas órdenes de Mr. Summerlin, representante del Imperialismo yanqui en Honduras, el Presidente Dr. Paz Barahona, en Consejo de Ministros, emitió un decreto inconstitucional, que está haciendo cumplir por la fuerza, para matar la *Revista Ariel*, única publicación de intensa propaganda contra el verdugo de nuestros pueblos; único grito de alerta contra el pirata en acecho; única acción de potencia moral cada día más pujante en pro de la soberanía patria y de los altos destinos de nuestra Raza.

Con perfecta verdad podemos asegurar que *Ariel*, por la suprema Causa que sustenta, es hoy la revista más conocida en el mundo de las que se editan en el Istmo. Circula desde Alaska hasta la Argentina, desde Rusia hasta Portugal, y en el norte de África, y en Asia, y en Oceanía. Recibe más de ochocientos canjes y su movimiento de correspondencia es quizá el mayor en nuestro país.

Me veo obligado a hacer estas explicaciones para demostrar que no es lo mismo suprimir cualquier periódico independiente por cuestiones vulgares de orden interior, que matar una revista cuyo nombre es mil veces más conocido que el de todos sus victimarios juntos; que no es lo mismo suspender una hoja de política local que reducir brutalmente al silencio a la única voz resonante en la defensa de las libertades patrias y de los cánones más elevados del Derecho, de la Razón y de la Justicia.

Sepan todos nuestros compatriotas—y que esto produzca un intenso dolor en la conciencia de los verdaderos ciudadanos—que el Gobierno yanqui, por medio de su citado Ministro, es quien manda en la actualidad

en Honduras. Sus órdenes son atacadas por nuestros hombres del Poder, aunque para ello tengan que violar descaradamente nuestra Carta Magna. Pero los que nos imponen esta negra vergüenza cargarán con la tremenda responsabilidad de su delito de lesa-patria y tendrán que responder mañana al terrible cargo de estar mutilando la soberanía nacional con su servilismo sin ejemplo.

Son los gobernantes que se arrastran a los pies del yanqui altanero los que nos están remachando las cadenas de la más vil de las servidumbres; son ellos los que, por sus condescendencias criminales con los piratas anglosajones, están hundiendo nuestra autonomía en un abismo de abyección y de infamia. Y no se nos vengan en *La Gaceta* con editoriales majaderos y mal escritos: que donde quiera que respire un patriota su conducta ruin merecerá la más enérgica reprobación.

Todos los países de la tierra, inclusive los Estados Unidos, exaltan y aplauden la actitud de Sandino, sin que sus gobiernos traten de impedirlo. Sólo el Gobierno de Honduras se ha puesto de parte de los sanguinarios conquistadores, en abierta y desvergonzada hostilidad contra el Ejército de Patriotas que defiende, con valor sobrehumano, la soberanía de Centro América.

Si el señor Paz Barahona leyera la prensa del Continente se informaría de la repugnancia y del desprecio que por este motivo se siente en el Exterior por nuestra patria y de los continuos y feroces ataques de que él es objeto por su conducta incalificable.

Las propagandas en favor del Héroe de la Raza se intensifican más cada día en todas las naciones, aún en la misma tierra centro-americana totalmente esclavizada por el yanqui. Sólo en Honduras se viola con cinismo la Constitución y se pisotea la libertad de la prensa para evitar esas generosas y patrióticas propagandas y se persigue a los sandinistas como criminales.

¿Ignorará acaso el señor Paz Barahona que la lucha contra el Imperialismo norteamericano constituye hoy un tópico universal y que en el propio imperio fenicio hay gran número de instituciones que combaten furiosamente al Gobierno pirata por sus groseros atentados contra nuestras infelices repúblicas? ¿Y que es ridículo, en grado supremo, por no decir una palabra más precisa y

(6) Werner Sombart, en *El capitalismo moderno*, tercera edición, 1919, atribuye suma importancia para la evolución económica al apetito de lujo en los que alguna vez llama impropriadamente *nouveaux riches*. El industrial que se enriquece, el capitalista, será «nuevo rico» en comparación con la nobleza feudal; pero es un tipo humano totalmente distinto de aquel que súbitamente, por un azar favorable de la economía social, resulta rico. El mismo Sombart hace notar, y es bien sabido de todo industrial perspicaz, que no basta con lanzar al mercado el nuevo producto, sino que es precisa una labor especial, a veces larga y difícil, para suscitar la «necesidad» de él.

(7) Renan: *Mélanges religieux et historiques*.

más dura, convertirse en enemigo personal del legendario Sandino, cuando el universo entero está asombrado de su epopeya fabulosa y hay más de cincuenta mil publicaciones que en todos los idiomas glorifican su nombre?

Los aviones imperialistas que cobardemente asesinan desde la impunidad de las alturas a los héroes nicaragüenses, y que aterrizan cada cinco días en El Toncontin, como en tierra conquistada, como si ya Honduras fuera una colonia yanqui, llegaron, con persistentes embajadas, a exigir que el Poder Público se echara sobre mí. Pero nada obtuvieron entonces. La gloria de la felonía que dió muerte a *Ariel* pertenece al señor Summerlin, quien debe sumarla, en su haber diplomático, a los recuerdos gratísimos que dejó en México. Es del caso anotar que ante el gesto autoritario y la voz imponente de ese tetrarca romano tiemblan como miseros niños sorprendidos nuestros políticos intervencionistas.

El odio africano que los individuos que integran el gobierno de mi país profesan al Libertador Sandino, y el drasticismo del citado Summerlin, constituyen las verdaderas causas del vil asesinato cometido en *Ariel*.

Debo manifestar a los ignorantes, o a los conscientes que se hacen los tontos por ingénita maldad, que el General Sandino, el 4 de mayo de 1927, no levantó el pabellón de la guerra civil en Nicaragua; que no lucha por lanzar del poder usurpado al traidor Adolfo Díaz. El Héroe de los Héroes—ante cuya altura moral son miserables pigmeos todos sus enemigos, inclusive los Coolidge, los Kellogg y demás sayones del Imperalismo—combate, en duelo mortal, por su Raza, por los eternos ideales de Honor y Libertad; lucha, en una terrible lucha de Independencia, por arrojar de su patria al cínico conquistador que afrenta su soberanía; que incendia, viola y asesina y envilece de mil maneras a sus conciudadanos. Pelea y peleará hasta morir, con la misma altísima y sacra bandera que empuñaron Bolívar, Washington, Morelos y Martí en las grandes epopeyas de la liberación americana. El, nada desea para sí. Ni el Poder ni el Oro le atraen. Al salir el yanqui de Nicaragua, depondría las armas, retirándose a vivir en un país extraño. Su gloria y su fuerza están en su Ideal, cumbre luminosa de su máximo espíritu. Únicamente los corazones envilecidos, las almas oscuras y protervas, los hombres manchados de execrable ignominia, son incapaces de sentir admiración por el gallardo paladín que honra a la Humanidad con su sacrificio inmortal.

Declaro con orgullo que mi mayor satisfacción es el profundo sentimiento cívico y el fraterno cariño que me unen, y me unirán

hasta la muerte, al varón más ilustre en los anales de la Libertad contemporánea; a aquel cuya fama resuena como himno imperecedero en las más remotas latitudes. Considero como el más alto honor ser su Representante General, en el Continente; y en que *Ariel* le haya servido de órgano de su campaña gloriosa. Mientras tenga un hálito de vida contribuiré, con mejor eficacia a medida que los peligros se agranden, en cada minuto, en todo terreno, a su acción abnegada y heroica.

Pronto tendremos los autonomistas hondureños que rechazar en sangrientos combates al yanqui invasor que, con pretextos más o menos estúpidos, intentará colocarnos en la oprobiosa situación de Nicaragua. Entonces, cumpliendo su brillante programa de

redención racial, Sandino ampliará su radio de combate y lo veremos en Honduras defendiendo como Supremo Jefe nuestra soberanía ultrajada.

Por lo demás, *Ariel* no morirá. No serán el capricho ciego y la delictuosa inconsciencia y la ruin traición quienes apagarán el fulgor de su ideal, su íntima energía patriótica, su clara visión del futuro. Sufrirá hoy—como en octubre de 1925, cuando destruyó el Empréstito de la Muerte—un eclipse momentáneo, bajo la acción de la fuerza bruta; pero como esos altos faros que en los piélagos tormentosos se apagan y vuelven a encenderse en las tinieblas de las noches, aparecerá de nuevo su luz en el instante del supremo peligro o del naufragio total de nuestra soberanía.

Froylán Turcios

Tegucigalpa, 5 de agosto de 1928.

La Delegación Salvadoreña en la VI Conferencia Panamericana

(Concluye. Véase la entrega anterior.)

Paso ahora, Señoras y Señores, a historiar las memorables jornadas que tanto hicieron vibrar los hilos cablegráficos y que proporcionaron a la historia de América la página en que se describe con mayor fidelidad, el verdadero carácter y las excelsas virtudes de la raza indoamericana.

Entre las cuestiones jurídicas que debían ser estudiadas para ser incorporadas en la Codificación del Derecho Internacional Público, se encontraban las «De los derechos y deberes de los Estados» y las «Bases fundamentales del Derecho Internacional». Según el programa de la Conferencia, los proyectos elaborados por el Comité Internacional de Jurisconsultos, aprobados durante las sesiones celebradas en Río de Janeiro en abril y mayo de 1927, deberían servir de base de estudio y de discusión a la VI Conferencia de la Habana. En el volumen que la Unión Panamericana de Washington envió a las Cancillerías de las Repúblicas de América aparece el título siguiente: *Derecho Internacional Público. Proyectos formulados para ser considerados por la Sexta Conferencia Internacional Americana*.

Correspondieron las ponencias de esas dos cuestiones al doctor don Víctor Maúrtua, Delegado del Perú.

La prensa, el público y las mismas Delegaciones se mostraban impacientes por conocer el resultado del estudio confiado al ponente, y se preguntaban, con no poca inquietud, las razones del retardo.

Optimistas siempre, no participábamos los delegados salvadoreños de esa general impaciencia. Nos dábamos cuenta de cuán laboriosa resulta, en ocasiones, la investigación científica de aquellos problemas jurídicos que dicen relación directa con la existencia de los Estados.

Presentada la ponencia, se reveló una desconcertante verdad: las normas fijadas por la Comisión de Juristas de Río de Janeiro habían sido abandonadas, y, en cambio, se resucitaban, *ad pedem literae*, las conclusiones adoptadas en 1916 por el Instituto Internacional Americano, y que fueron propuestas entonces por el internacionalista doctor James Brown Scott, como Presidente de aquel Instituto, y quien, en la Habana, era miembro importante de la Delegación norteamericana.

¿Qué poderosas corrientes empujaban la codificación del Derecho Internacional, fuera

de su cauce natural, lógico y obligatorio? ¿No era científico, claro y explícito el proyecto de Río de Janeiro? ¿No estaban allí, en forma de artículos, todos los principios reguladores de la vida internacional de los Estados de América?

Entonces sí empezó a sentir quebranto la fe de la Delegación que tuve a honra presidir. Algo había en el ambiente que no inspiraba la plena tranquilidad. Pudimos apreciar que una fuerte corriente llevaría a la Comisión a la aprobación, sin debate, de los nuevos cánones de derecho, que aparecían revestidos del prestigio de su origen y que llenen la sonoridad de los bellos períodos literarios.

Las conclusiones de la ponencia habían sido publicadas, y la reacción no aparecía.

He aquí esas conclusiones, acondicionadas como *Declaraciones de las Repúblicas Americanas de los Derechos y Deberes de los Estados*.

I.—Todo Estado tiene el derecho de existir, de proteger y de conservar su existencia, pero este derecho no implica el poder ni justifica la acción del Estado para proteger o conservar su existencia por medio de procedimientos injustos contra Estados inocentes e inofensivos.

II.—Todo Estado es independiente en el sentido de que tiene el derecho de procurar su propio bienestar y desenvolverse libremente, sin intervención o control de otros Estados; pero en el ejercicio de este derecho no debe afectar ni violar los derechos de otros Estados.

III.—Todo Estado es por propio derecho y ante la ley igual a los otros miembros de la comunidad internacional. Todo Estado puede, en consecuencia, asumir entre las potencias del mundo la posición independiente e igual a que tiene derecho.

IV.—Todo Estado tiene derecho a un territorio determinado por límites precisos y a ejercer jurisdicción exclusiva en su territorio y sobre todas las personas nativas o extranjeras que en él se encuentren.

V.—Todo Estado investido de un derecho por la ley de las naciones, puede exigir que él sea respetado y protegido por los otros Estados, porque los derechos y deberes son correlativos, y la observancia del derecho de uno es el deber de todos.

VI.—El derecho internacional es al mismo tiempo nacional e internacional: nacional, en el sentido de que es la ley del País, aplica-

Consultorio Optico "Rivera"

EXAMENES DE LA VISTA

ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención

en el desarrollo de recetas
de los señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO

MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSÉ DE COSTA RICA — CORREO 349

ble, como tal, a la decisión de todas las cuestiones que se refieran a sus principios: internacional, en el sentido de que es la ley de la comunidad de las naciones, aplicable, como tal, a todas las cuestiones que se produzcan entre dos o más miembros de ella y que se refieran a sus principios.

Ese canto melodioso no podía satisfacer nuestros anhelos, avivados desde la víspera de la memorable sesión del 4 de febrero con las noticias e informaciones inquietantes de que la ponencia triunfaría.

Las escenas y enrevistas; las voces de aliento y de decaimiento; las esperanzas que comunica el valor cívico de algunos, y la desolación del alma ante la pasiva conformidad de otros; no os lo diré. Queda eso grabado en mi alma como el de las horas más emocionantes de mi vida pública. Aunque la prensa ha hecho algunas revelaciones, yo no debo hacerlas.

Aquella ponencia significaba las mayores inquietudes para América, porque todos los derechos fundamentales de los Estados, reconocidos desde los orígenes del Derecho Internacional, los condicionaba de tal manera, que de principios absolutos, intangibles, se tornaban elementos jurídicos de una relación mudable y movible.

Todo Estado podría existir, pero a condición de no usar procedimientos injustos contra Estados inocentes. Tendría derecho a su libre desenvolvimiento, sin intervención extranjera; extraña; mas en el ejercicio de ese derecho, no debería de afectar ni violar los derechos de otros Estados.

Nadie atenta en estos tiempos contra la existencia de los Estados como entidades morales o jurídicas. Son las intervenciones que se enderezan contra los atributos de la soberanía e independencia, las que urgían condenar con entereza, sin fórmulas vanas o ambiguas, sin distinguos ni reticencias. Y de esas intervenciones nada decía la ponencia; al contrario, como lo dijo valientemente mi colega, el Licenciado Salazar de Guatemala, en reciente reportaje, aquellas conclusiones encerraban el reconocimiento, de parte de los Estados latinoamericanos, a ser *protegidos*; porque, en verdad, sólo los débiles sufrirían los efectos [de esa ingeniosa relación jurídica, que pone los derechos fundamentales de los Estados a merced de un criterio tornadizo y político. Ya lo dijo Fiore: el sentido jurídico de la palabra intervención expresa siempre la interposición armada. Y la violencia es la guerra.

No niego el hecho de la convivencia jurídica y los deberes recíprocos que entraña. Bien sé que estamos en el camino de una interdependencia que obliga, sobre todo, a la abstención de ciertos actos que quizá se justifican dentro del criterio nacionalista de la soberanía; pero América no podrá consentir, deliberada y conscientemente, en justificar la ingerencia de un Estado en los destinos de otro.

Se produzca ese fenómeno en Asia, en Europa o en América, siempre resulta divorciado de los principios y en abierta pugna con el canon de la Soberanía.

Tal fué el móvil de mi conducta el 4 de febrero. Con la congoja en el alma abrí la sesión de ese memorable día. Creí que mi más elevado deber era el de salvar siquiera el nombre de mi Patria, y juzgué que no era desde el sillón Presidencial que yo podría cumplir mi cometido. Deposité la Presidencia y ocupé mi puesto en el torneo de la democracia.

Entre la ansiedad de un público consciente de la gravedad de aquel debate, el ponente doctor Maúrtua fué el primero en hacer uso de la palabra. La exposición de su dictamen fué brillante y nutrida de bellas expresiones, propias para formar ambiente; pero sin concordancia, próxima ni remota, con las conclusiones que proponía. Después

fué la figura atrayente del señor Hughes que se levantó para aplaudir la ponencia y calificarla de obra maestra, contra la cual, la Delegación norteamericana no tenía ninguna objeción que sugerir. Así, quizás, pensaron asegurar el éxito.

Llegó mi turno. Ya sabéis cuáles fueron mis palabras y cuál su efecto, al iniciar el trascendental debate.

El bloque de hielo estaba roto; y otros Delegados, con más prestigio intelectual, señalaron también el camino del honor, que estaba en seguir, por lo menos, las conclusiones de Río de Janeiro, refugio milagroso, al cual se acogía la esperanza ya vacilante de América.

La tesis salvadoreña se abrió paso. Tras un célebre debate, que la historia de América recogerá para adornar su más hermosa página, diez y seis Delegaciones condenaron la intervención, interpretando así, no solamente el sentir de diez y seis pueblos libres, sino también el de toda la raza indioamericana.

Mi moción fué aprobada, y un sub-Comité fué nombrado para estudiar de nuevo la materia, teniendo en vista los proyectos de Río de Janeiro.

El resto era secundario. Desde ese momento, el honor continental quedaba salvado. Los eternos principios de justicia no sufrirían eclipse, y para el triunfo del canon absoluto de no intervención, quedaba abierto el porvenir.

En el sub-Comité de siete miembros, del cual formé parte por designación del Presidente en ejercicio, volvieron a presentarse las dos tendencias.

Un compromiso moral mantuvo reservadas las diferentes actitudes, y aunque una autorizada revista de la Habana logró penetrar en el misterio y relatar recientemente un diálogo entre el honorable señor Hughes y yo, lo único que me es dable pregonar, es la representación salvadoreña, cuya presidencia ostentaba, se mostró invariablemente irreductible en aceptar fórmula alguna que no consagrara la absoluta prohibición de intervención de parte de un Estado en los asuntos de otro.

Las labores del sub-Comité no alcanzaron éxito en cuanto a la tendencia que yo sostenía; pero menos aún en cuanto a la otra tendencia. Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo unánime, se decidió someter la cuestión a una próxima Conferencia.

Circunstancias inesperadas, incidentes propios de cuerpos deliberantes, hacen que durante la penúltima sesión plenaria de la Conferencia, se pronuncien de nuevo todas las delegaciones, en términos claros las unas, e imprecisos las otras, contra las intervenciones.

Ante una actitud que habría sido levantada, si algunas delegaciones no hubieran tenido como exclusiva finalidad la de dejar constancia de sentimientos de que realmente carecían, parecíanos conveniente despejar ese propósito.

Entonces, aprovechando una feliz oportunidad que me fué proporcionada, lancé nuevamente la moción concreta y breve, cuyos términos eran los siguientes:

«La Sexta Conferencia de las Repúblicas Americanas, tomando en consideración que en este momento ha sido expresada la firme decisión de cada una de las delegaciones, de que sea consignado de manera categórica y rotunda el principio de la no intervención y la absoluta igualdad jurídica de los Estados, resuelve:

«Ningún Estado tiene derecho a intervenir en los asuntos internos de otro».

Falló este último esfuerzo. Voces fuertes negaron el apoyo a esa moción. Y como para adoptar un principio de Código de Derecho Internacional se requiere la voluntad

unánime de los Estados, un alto sentimiento de fé en los principios cardinales de la ciencia de Grocio, hizo retirar la moción, ya que su votación cerraba la esperanza del mañana y nos exhibía divididos, desunidos, sin la cohesión moral necesaria para resolver sobre los intereses más sagrados de nuestros pueblos.

Recientemente he leído un interesante reportaje del ilustre colega, licenciado Elorduy, de México, en el cual califica de habilidad diplomática el retiro de esa moción, cuando se tuvo el convencimiento de que el voto no podía ser unánime.

¿Cómo pudo América, en materia tan fundamental, herir tan en lo vivo la perspectiva de un Código de Derecho Internacional Público?

En el cuadrante de la historia no era la hora llegada para cimentar el ideal panamericano. Jorge Washington, el arquetipo de la democracia, hacía un siglo había muerto. Monroe, sintió falseada su doctrina. Bolívar, todavía tiene su arado en el mar. Wilson, el apóstol de la justicia, no estaba allá. Su alma, torturada en los últimos días de su vida, no iluminó el escenario de la Habana.

Pero si hay constancia y fe, puede triunfarse en el porvenir; y ese triunfo simbolizará paz y justicia para toda América.

Son graves las responsabilidades que se adquieren en esa clase de Conferencias. Si nuestros mandatarios no llevaren el propósito firme de salvar el decoro nacional sería preferible que El Salvador no concurriese a Congresos, en que se juegan los destinos de pueblo libre.

Que los hombres del mañana tengan presente ese consejo.

Fué sencilla y humilde mi labor. El único mérito que tiene es que no se dejó contagiar por la concupiscencia política.

Para mis compañeros, doctores Héctor David Castro y Eduardo Alvarez, son pobres las frases de elogio. Ellos merecen todo aplauso, porque supieron ser dignos salvadoreños e hijos leales de esta Universidad que nos enseñó a amar a la Patria y a cumplir con el deber de ciudadanos.

El panamericanismo buscó en la Habana un símbolo externo; y este fué un árbol abonado con tierra llevada de todas partes de América. Estad seguros que la tierra blanca, arcillosa y estéril, no era la salvadoreña. Nuestra Delegación abonó ese árbol simbólico con decoro, fraternidad y vergüenza.

Señoras y señores:

Que el Benemérito Padre de la Patria, José Matías Delgado, descienda a la tierra, y que su espíritu excelso agite de nuevo las campanas legendarias del templo de la Merced, porque todavía hay muchas conciencias que duermen el sueño colonial!

J. Gustavo Guerrero

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

Sandino o el patriotismo

Para Max Grillo

NINGUNA personalidad tan atractiva en el momento actual del mundo como la de Augusto César Sandino, que con un puñado de héroes rechaza en las selvas de Nicaragua, victoriosamente, la brutales embestidas del imperialismo norteamericano, demostrando así a los tímidos que se puede desafiar al Coloso, cuando la justicia está de parte del débil y palpita en su pecho un corazón esforzado y patriota, que prefiere la muerte a la ignominia de la servidumbre.

Enterado del interés que en América despierta todo cuanto se relaciona con el invicto guerrillero de la Nueva Segovia, apenas supe que se encontraba en México el señor Gustavo Machado, quien acaba de regresar del campamento de Sandino, fui a entrevistarlo para poder informar a los lectores de *Repertorio Americano* sobre las actividades bélicas del Hombre cuya actuación preocupa tanto al Departamento de Estado norteamericano.

Logré verle en las oficinas del COMITÉ MANOS-FUERA DE NICARAGUA y gustoso me relató las impresiones de los cuatro meses vividos en la manigua nicaragüense a la vera del caudillo invencible. Ante todo—me dijo—ha de saber usted, que fui a llevarle a Sandino el óbolo de los obreros mexicanos. No es cosa fácil llegar hasta él, pues hay que burlar la vigilancia de los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras, lacayos incondicionales de la Casa Blanca. En la frontera Sur de este último país, está apostado el General Ramón Mondragón, jefe de un resguardo, quien goza de triste celebridad como perseguidor de los sandinistas, a los que trata de capturar para ganarse la prima ofrecida al efecto por el gobierno saxoamericano. A mí me fué relativamente fácil penetrar al territorio de Nicaragua gracias a un guía que en Tegucigalpa me proporcionó el poeta Froylán Turcios, representante de Sandino; pero hube de transitar por sendas abiertas en el corazón de la montaña, salvar torrentes impetuosos y exponer a cada momento la vida. Sin embargo, logré mi objeto, y aquí me tiene usted, sano y salvo, dispuesto a responder a todas sus preguntas.

—¿Qué táctica emplean los marinos yanquis para combatir a Sandino?

—Proceden con el mayor atolondramiento, sin coordinación: penetran al monte, nerviosos y vacilantes, buscando a tientas a un enemigo invisible, que rehuye el combate y se lanza contra ellos sorpresivamente, cuando tiene noventa y nueve probabilidades en ciento, de aniquilarlos. Ultimamente, con objeto de reducir a Sandino por hambre, los *blue-jackets* han quemado más de setenta caseríos de la Nueva Segovia y arrasado todas las plantaciones. Miles de personas, sobre todo ancianos, mujeres y niños, vagan errantes por esa región, sin pan ni abrigo.

—¿De cuántos hombres dispone el General Sandino, en la actualidad?

—De unos dos mil, repartidos en las zonas de Somoto, Quilali, Jinotega, Matagalpa y Atlántico.

—¿Es verdad que sus tropas tienen instructores alemanes, como lo aseguran ciertos periódicos estadounidenses?

—Tal versión es completamente falsa. Ha sido propalada con objeto de disculpar los descalabros sufridos por los marinos anglosajones. Con Sandino, hay muchachos de casi todos los países de Hispano-América, pero ningún extranjero. Así, por ejemplo, el jefe de la Zona de Somoto, José León Díaz, es salvadoreño; el Comandante de la Segunda Compañía, Manuel María Girón, guatemalteco; el de la Tercera, Simón Montoya, hondureño y el Ayudante del propio Caudillo, Carlos Aponte Hernández, venezolano.

En ese ejército no se necesitan técnicos ni hacen falta militares de carrera. No se hace guerra sino que se va a un torneo cinegético, y para cazar gringos—que es de lo que se trata—sobran la táctica y la estrategia.

—¿Cuántas bajas calcula Sandino haberles hecho a los invasores?

—Al rededor de mil ochocientas. Los últimos combates de «Las Cruces», «El Bramadero» y «El Zapote», costaron a los marinos algo así como el treinta por ciento de sus efectivos, mortandad comparable a la de las batallas más reñidas de la Guerra Europea?

—¿Cómo se provee de armas el ejército libertador?

—Tomándoselas al enemigo. En los campamentos de Sandino todo es de procedencia norteamericana: rifles, ametralladoras, cartuchos, uniformes, mulas y vituallas. Vi allí hasta banderas de las barras y estrellas, en número de cuatro, una de las cuales le fue regalada a una muchacha para que se confeccionara un traje.

—¿Qué me dice usted de «La Chula», el cañón antiaéreo construido por Sandino?

—No tuve oportunidad de conocerlo; pero por las explicaciones que me dieron acerca de él, me parece que se trata de un mortero que dispara un proyectil cuya eficacia es aterradora. Hasta la fecha, «La Chula» ha dado cuenta de once aviones yanquis.

—¿Cuál es el arma favorita de los sandinistas?

—La bomba de mano, hecha de dinamita y forrada con cuero crudo, que en caló del campamento se llama *gardenia*; traducción un tanto libre de la interjección *goddann*, proferida por los marinos al recibirla entre sus filas.

—¿Cómo es el General Sandino?

—Físicamente: pequeño, delgado, pálido, con ojos negros y brillantes. Tipo de mestizo, en el que predomina la sangre blanca. Es hombre de gran talento natural, afable, chistoso; goza de muy buen humor y en los mayores apuros conserva siempre su sangre fría. Madrugador: a las cinco de la mañana está ya dando órdenes recostado en su hamaca. Gusta mucho de la música popular y en su campamento abundan las guitarras, acordeones y mandolas. Es frugal y enemigo acérrimo de las bebidas alcohólicas. A los fabricantes y vendedores de ellas entre sus soldados, los castiga con la pena de muerte.

—¿Tiene Sandino aspiraciones políticas?

—Ningunas. Su único anhelo es arrojar de su patria a los intrusos. No depondrá las armas hasta conseguirlo. Sobre este punto es irreductible y no admite componendas de

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Aparece el 1.º de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispano-americanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año \$ 2.40 o £ 0-10-0.

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
4 Boulevard 8 de Courcelles.—París (17e)

ninguna especie. Una vez libre Nicaragua de la intervención militar extranjera, él está listo a apoyar la formación de un gobierno nacional—enteramente civil—presidido por Lara o por Sofonías Salvatierra,—candidato este último del Partido Autonomista.

—¿Confía Sandino en el triunfo final de su causa?

—Completamente, ya que cada día crece su ejército y dispone de mayores medios de acción. Además, sabe que cuenta con el apoyo material y moral de todo el pueblo nicaragüense. Hasta las mujeres y los niños acuden a engrosar la falange libertadora. Para vencerlo, sería necesario que los Estados Unidos enviaran a Nicaragua un verdadero ejército de ocupación, lo que parece no entrar en sus cálculos, con tanto mayor razón cuanto que ante el mundo ellos no están en guerra con dicho país, sino que sus tropas han ido allá para garantizar la legalidad de las elecciones presidenciales que se verificarán en noviembre próximo.

Al despedirme del señor Machado, que tantas cosas interesantes me refirió sobre el patriota nicaragüense, me siento contagiado de su optimismo: Sandino—me digo ahora—tiene que triunfar puesto que la idea porque lucha es de aquellas que realizan milagros y vencen todos los imposibles.

MARIO SANTA CRUZ

México, D. F. Julio de 1928.

Santa Fé de Bogotá

ENTRE las ciudades con alma de que hablara Rodó, hállase indudablemente Bogotá. Puedo hacer todo elogio de Bogotá con palabra imparcial pues cuando en mi dilatado país se ha nacido en las costas del mar, se es casi un extranjero en las altas planicies donde habla, costumbres y cultura son tan diferentes. Naturalmente que lo de extranjero es convencional, porque si hay ciudad en el mundo en la que la condición de extraño sea más cómoda y más grata, esa es Bogotá.

Si Colombia es un interesante país del continente no es sólo porque allí se produzcan esmeraldas incomparables, perlas valiosísimas, muy buen café y excelentes bananos. Lo es, además, y sobre todo, porque la capital de ese país es Bogotá y Bogotá es acaso la única ciudad de nuestra América donde las cosas del espíritu y de la inteligencia privan sobre los menguados menesteres de la vida. Las aventuras galantes, las bellas frases, las maneras cultas, el amor, el talento, sobre las torpes palabras, los ridículos gestos, la finchada ignorancia. Si para los unos tiende ella franca la mano caballerosa, para los otros reserva una sonrisa, aparentemente amable, pero en el fondo fría como los soplos nocturnos de Monserrate.

¿Se ha dicho que es triste Bogotá? Lo que hay es que su vida—toda interior—no se trasparencia en el bullicio callejero de las ciudades cosmopolitas. Sus cientos de miles de almas apenas hacen ruido. En cambio la vida de sociedad, la de sus asociaciones culturales de todo género, la de las redacciones de periódicos, la de sus penas de intelectuales, concentradas en cafés de tipo enteramente europeo, etc., es una vida intensa donde la viva imaginación de los bogotanos da su nota chispeante característica. Ambiente, en suma, de gracia noble y elevada, el de la muy ilustre ciudad de Santa Fé de Bogotá.

G. Castañeda Aragón

San José, C. R. 6 de Agosto
de 1928.—390 A. de la fundación.

No sé cómo he de agradecerlos que me ofrezcáis esta ocasión propicia para satisfacer uno de los más puros anhelos de mi alma como es el de tejer con mis labios la ofrenda de idea y corazón en memoria de aquel excelso entre los excelsos de la América, que fué José Martí. Y casi estoy tentado a decir *el más excelso*, si se le mira por lo hondo, tras el coturno trágico, tras el vestido dominguero del verso, tras el retumbo lírico de la tribuna; si se le ve en la esencia de su piedra preciosa, y no en el brillo especial de sus facetas; si en él se busca el recóndito hilo de oro que lo encollara con los dioses; y, bajando a la tierra, si por excelsitud ha de entenderse, no la espada que corta, sino el verbo que enciende; no la astucia que vence, si o la vida immaculada que enseña; no la política que encumbra, sino el sacrificio que redime.

* * *

Siento que entre los dedos se me encabrita temerosa la pluma. Y a fe que con razón. Voy a hablar de Martí, que es como decir voy a soltar los voltios de una pila de rayos por los hilos precarios de una tela de arácnida. Y, sobre todo, voy a hablar de Martí en la tierra de Martí. Como Golconda es la tierra de los oros, Basora de las perlas, Ceilán de la canela y el Pindo del panal, Cuba es, —en este continente de convulsión geológica y cordial, de penachos de sangre y de palabra, de Cotopaxis eruptivos en las montañas y en los corazones,—la tierra clásica de la elocuencia. Y hablar en ella, donde aun resuena en los oídos el verbo crisostómico de José Martí, podría ser tenido, más que como temeridad, como tartarinismo. Y ya que mi temblor neutralizase con el aliento que me presta la invitación premiosa de tan doctísimo Ateneo, y con el óleo de las frases con que su docto Presidente me enaltece y consagra; y ya que me resuelvo a cumplir mi promesa, en la solemne majestad del momento, evoco al Maestro, y pídele que la sombra de su verbo me ampare! Que lo que debiera anonadarme se convierta en estímulo, al sentir que ya es bastante gloria para las alas trémulas de la luciérnaga el saber que siquiera parpadean con brillo bajo los mismos cielos en que aquel sol de soles deslumbró con fulgor!

Claro que no ha de ser hoy mi pretensión la de deciros algo nuevo. Ni cómo sería dable hacerlo, si la historia de ese héroe la lleváis íntegra en la mente; si sus altos ejemplos fulgen perennes como una lámpara votiva en el tabernáculo de cada corazón? Pero, si no puedo deciros nada nuevo, si puedo encender, porque ésa es mía, la llama viva de mi sentimiento, y hacer de mi discurso, para perfumar el recuerdo del semidios llorado, algo que llevé hasta los cielos el aroma de mi pecho en flor, algo que haga de mis cálidas frases en mis fervientes labios como un brasero de imágenes en un incensario de palabras. No narrar, no explicar, sino adorar. Ser como una devota brasa más en vuestra devoción. Y eso si puedo hacerlo; porque como los rostros, no hay dos adoraciones iguales, y porque el grano de mirra siempre lleva perfume, cualquiera que sea el pebetero en que arda.

* * *

No voy a hablaros de todos los Martíes que hay en José Martí. Imposible hallar ojos que abarquen en una mirada de conjunto toda una cordillera. Para cada Martí, un libro. Para comprenderlo por entero, toda una enciclopedia. Porque, si cada ser humano es una multiplicidad de gérmenes dentro de la unidad de un hombre, Martí era una colectividad de alturas dentro de

José Martí

19 de mayo de 1928

A solicitud del ATENEO DE CIENFUEGOS



José Martí

la unidad de un genio. No es una conferencia, suficiente cabida para tantos mareos.

Voy a trataros, y eso a vista de pájaro, del Martí espiritual: del hombre del deber, del carácter, de la dignidad, del sacrificio y del amor: del Martí universal, del héroe de héroes, en el sentido carlyliano, del catedrático del bien, del maestro sin pedagogía.

* * *

Ya os he dicho en otra parte que nuestra América Española aun no ha hallado al maestro que la debe guiar por entre el dédalo de sus problemas laberínticos. Montalvo sólo procuró libertarla—bien hecho!—del ergástulo de almas del fanatismo religioso—¡quién nos libertara, Dios mío, de todos los otros fanatismos!—, o arrancarla de las zarpas tiránicas de las dictaduras, de esas que en nuestras democracias de actas y de literatura divinizan codicias bajo disfraz de patriotismo y entronizan caciques bajo disfraz de presidentes. Rodó se propuso infundir tónicos en la sangre de la juventud. Tuvo un panal por boca y un iris por estilo. Pero no hundió el escalpelo en las dolencias especiales de la Raza, ni abordó la tarea de despejar incógnitas en nuestras prácticas ecuaciones sociológicas, ni concretó senderos conductores a nuestro mejoramiento. El único que pudo ser maestro de América fué aquel cuya memoria estamos hoy procurando enaltecer: vuestro José Martí. El pudo haberlo sido, por su sapiencia, por su altura moral, por su universalización, por ese don de astro que para dar su luz no sabe de límites geográficos. El pudo haberlo sido, si el destino particular de esta patria no se lo hubiera hurtado a los destinos generales de América. Porque, lo mismo que Montalvo, tuvo en su boca el fulminante del verbo, la palabra clásica henchida de modernidad, el hipérbaton arcaico quemándose en la visión futura; porque, lo mismo que Rodó, tuvo en sus manos los cinces del arte, en su mente la intuición apostólica, el

segmento de cielo que a ratos dora el círculo de la existencia, y en su pecho el panal de la dulzura y el sacrificio del Amor; pero tuvo algo más que Montalvo y que Rodó: más que el primero, la sabiduría espiritual y el poder de aplicación de esa sabiduría a los problemas especiales de un pueblo, a los colectivos de una raza y a los genéricos del Mundo, tal como luz, que es chica en lámpara de aposento, fastuosa en reverberos de calle, sidérea en ignescencias de sol, y que es siempre la luz; y más que el segundo, el don humano que hubo de permitirle infundir un espíritu de apóstol en carne y huesos de hombre. Y si Martí, como Rodó, fué evangélico, y, como Rodó, fué dulcemente sabio, fué al mismo tiempo, y eso más que Rodó, un hombre pleno, en la más alta virilidad de la palabra: el hombre que, si tuvo doctrinas de belleza y bondad para guardarlas en el alma, tuvo también biceps de hierro para sembrarlas en la tierra.

* * *

Digo y sostengo que Martí pudo haber sido el maestro de la Española América. Analizando el agua de ese río, se ve a las claras que no era agua de río; que era un agua de mar. Era una arteria oceánica que encajonó el destino por un cauce fluvial. En él había cuanto era necesario para poder saciar con sus doctrinas todas las hambres espirituales de América, para poder encender con su alma luminosa todos los hornos apagados de nuestros entusiasmos; para poder vivificar con su abono todas las anémicas savias de nuestras áridas praderas; y para poder alzar con el «¡levántate y anda!» de su palabra crística a nuestros pobres pueblos que podridos de vicios y anquilosados de marasmos, sólo esperan para ser sepultados la pala de oro del nórdico sepulturero. Por eso digo que el agua espiritual de Martí era un agua de mar: porque era un agua para todas las costas. En su pensar había yodo; en su querer había sal; y bajo su sonrisa cobijada de aurora, también a veces alistaba sus ondas cuando fuerzas tiránicas pedían tempestad. El Destino le dijo: «Tu deber inmediato, tu imperativo categórico de hoy, no es bañar las riberas de una fraternidad continental. Tu deber inmediato está en la tierra que se te dió por patria, precisamente para eso». Y él se limitó a aquel deber. Se sometió a su destino, sabiendo que la labor de un hombre no ha de medirse por la longitud, sino por la pura esencia de su sacrificio; que todo trabajo, por humilde que sea, tiene el valor de lo divino, siempre que quien lo practica esclave los ojos de su propio interés, para clavarlos a mayor altura en el interés de los demás. Y aquel océano Atlántico de pensamiento, corazón y energía dejó la misión vasta a que sus aptitudes debían conducirlo, la misión oceánica, para correr fluvialmente como un plácido y modesto Almendares, fecundando los suelos que lo vieron nacer, con la sagrada fecundidad de sus ideas y con los mágicos impulsos de sus amores de patriota. Por eso fué en ese momento sólo para su Cuba aquel que pudo ser para su raza, aquel que pudo ser más todavía, para la Humanidad.

Pero, a pesar de circunscribirse a Cuba, porque así lo mandaba su deber inmediato, estaba su alma tan hecha para lo universal, que por los labios del libertador de Cuba se siente que habla la libertad del Mundo; que en cada siembra de verdades que su mente infundía en el seno de su patria, parece que nos llegara a todos el soplo eterno de la Eterna Verdad; que en cada voz de aliento, que en cada estímulo de fe, que en cada principio de justicia con que él ponía

(Pasa a la página 127)

ENTRE los escritores españoles del día Julio Camba es uno de mis predilectos. En primer lugar, me entretiene, lo cual ya es un razonable motivo de preferencia, pues no toda la literatura, ni siquiera la de más campanillas, es amena. Cuenta Sainte Beuve que una dama, madama de Contade, decía: «He leído *Grandison*. No lo apruebo; pero me ha divertido.» Esta actitud es la natural. Los libros que conducen al entretenimiento son preferidos a los que conducen al aburrimiento. Es menester una dosis crecida de buena voluntad y aún cierta resolución heroica para excavar en los últimos hasta llegar a la veta de los metales nobles, a la belleza o al pensamiento que puedan contener bajo formas pretenciosas, enrevesadas o indigestas.

Respecto a Camba, voy más lejos que madama de Contade con *Grandison*. Me divierte y además lo apruebo; siento simpatía hacia su libre e ingeniosa sátira.

Camba, que es la suma sencillez escribiendo, en oraciones claras, vocablos usuales y construcción sintáctica regular y precisa, escribe muy bien. La forma literaria es un medio de expresión de lo que el escritor piensa, siente o imagina. Sin duda, este medio está dentro de una tradición de formas artísticas; no es en cada caso un acto absolutamente original y de nueva creación, como el de Adán dando nombres a los animales en el Paraíso sin haber aprendido Historia Natural ni etimologías.

Más la expresión artística no es otra cosa que la expresión transparente, adecuada y eficaz. El arte es una manera de ejecución que procura obtener los resultados más perfectos, según su fin y naturaleza: una manera de hacer bien las cosas. Lo que se trata de hacer con la palabra o con la literatura es comunicar a los otros hombres lo que el literato ha concebido en su mundo interior. Todo virtuosismo literario es subalterno y no puede suplir la materia expresable ni crearla con filigranas o juegos de palabras. Lo que producirá en el mejor caso es un tema para gramáticos o retóricos.

El estilo fresco, lozano y juvenil de Camba es el contrario de los primores barroquistas de la literatura escarolada que hoy tiene aceptación. En los casos más felices

El ingenio de Julio Camba

—De *La Voz*, Madrid.—



Julio Camba

esta literatura de estilo recargado, corintio, puede obedecer a una exuberancia de imaginación verbal; pero generalmente es un amaneramiento que disfraza la penuria de lo expresado: escasez u obscuridad de ideas, debilidad de las emociones. De este modo la expresión literaria se convierte en un ejercicio de metáforas, o en un rosario de variantes, de ensayos de modos de decir una cosa parva o agotada. Todo ello, comparable a los afeites de las mujeres estragadas por el tiempo, que producen su afecto en circunstancias favorables de luz y de distancia mas no podrían arrostrar la prueba de la divina desnudez en el rito supremo.

maestros del pensamiento vulgar, por cuanto despiertan el sentido crítico de las multitudes con sus imágenes fáciles y atraentes.

Acabo de leer el nuevo libro de Julio Camba, *Sobre casi todo* (y sobre todo con ingenio, se podría añadir). Esta antología de breves piezas humorísticas, notables por su agilidad, su agudeza y su feliz composición, me confirma en el juicio que tengo hace tiempo formado acerca de este excelente escritor.

Andrenio

Dos artículos de Julio Camba

—Del tomo *Sobre casi nada*, Espasa-Calpe, Madrid.—

Sobre los perros

El Ayuntamiento de Madrid me ha enviado una hoja con cinco casillas para que yo las llene exponiendo todas las características de mi perro: «nombre», «raza», «sexo», «color y señas particulares» y «uso a que se halla destinado». ¿Uso a que se halla destinado?

—¡Ah, vamos!—exclamé, después de pensarlo detenidamente—. El Ayuntamiento quiere saber el oficio de mi perro, la profesión que ejerce.

Hay, en efecto, perros sumamente profesionales. Los hay cazadores, los hay que están colocados de guardas y hasta no falta quienes se dediquen a policías. El mío no es policía, ni guarda, ni cazador, y en la casilla donde dice «uso a que se halla des-

tinado» he escrito, sencillamente, a «perro». Si señores concejales. Yo tengo un perro que he destinado a perro. Acaso ello les sorprenda a ustedes; pero si reflexionan un poco, verán que la cosa no puede ser más sencilla. Cuando llaman a la puerta, mi perro se echa indefectiblemente a ladrar, no porque ni él ni yo temamos que el visitante sea un enemigo, sino porque, si no ladrase, parecería que no cumplía en la debida forma su misión de perro. Ladra para hacer de perro, y yo le impongo silencio para hacer de amo. A veces, deliberada o indebidamente, yo le dejo ladrar, y entonces él me mira con una mirada de reproche, como diciéndome que si yo no sé hacer de

amo, no vale la pena de que él ponga tanta escrupulosidad en hacer de perro.

Mi perro ladra, me salta al cuello, me lame las manos y se echa a mis pies, lo mismo que un perro. Se dedica a perro y de eso vive. Si en vez de ser un perro fuese un hombre o una máquina, aunque hiciese exactamente las mismas cosas que hace ahora, yo no hubiera dado nunca ni cinco céntimos por él; pero es un perro y esto, que les hacer ganar el pan a muchos hombres, ¿cómo no va hacerles ganar el hueso a los perros?

Desgraciadamente, mi perro que, en cuanto ve un farol se acerca a él y del modo más ostensible manifiesta allí todo el desdén que le inspira nuestro Ayuntamiento, no ha tenido nunca cédula y se encuentra en falta con los arbitrios municipales. «¿Para qué voy a pagarles yo un impuesto a los hombres?»—piensa probablemente—. «¿Acaso hay hombres que les paguen algún impuesto a los perros?» Pero estas ideas son ideas casi

bolcheviques, ideas de perro sin casa, sin colocación y sin posición social, y mi perro es un perro burgués, que cuando sale a la calle en el invierno luciendo su magnífico gabán de lana inglesa, es capaz de llamar a un perro policía para que ponga fin al asedio de que le hacen objeto los perros vagabundos. Indudablemente, mi perro se resignará a pagar su contribución de perro. Y si no se resigna—¡qué remedio!—, yo la pagaré por él...

Sobre los concejales honrados

UN día, estando yo sentado en un café, se me acercó un amigo a quien sus correligionarios habían hecho concejal en las últimas elecciones.

—¿Quiere usted sentarse? —le dije.

—Muy honrado—me contestó, aceptando.

—No, no—protesté—. El honrado soy yo...

Mi amigo insistió; pero yo sostuve calurosamente la tesis de que cuando un concejal y un escritor están juntos, el honrado es el escritor. Mi amigo transigió y empezamos a hablar de su concejalía.

—Estará usted contento, ¿eh? —exclamé.

—¡Calle usted, hombre! ¿Ve usted este puro? Usted siempre me habrá visto fumar cigarros habanos, y ahora tengo que conformarme con un puro de a veinte. ¿Ve usted este gabán roto? Antes de la concejalía yo no me hubiera atrevido nunca a salir con él a la calle; pero hoy no puedo ponerme otro. Me lo ha prestado el hijo de la portera. Y ¿sabe usted lo que cené esta noche? Pues unas judías, sin nada de carne. ¡Con lo que a mí me gusta comer bien!... Verdaderamente, mis correligionarios me han hecho un flaco servicio al elegirme concejal. Yo estaba atónito.

—¿De modo que es la concejalía lo que le ha arruinado a usted?

—No—repuso mi amigo—. Si yo no estoy

arruinado... Yo tengo mis ingresos de siempre; pero así como antes podía disfrutar tranquilamente de ellos, ahora no. ¿Qué diría el público de un concejal que fumase puros de a dos pesetas? El público supone que los concejales lo sacamos todo del Ayuntamiento, y cuando nos ve fumar puros baratos se resigna; pero protestaría indignado si nos viese fumar habanos legítimos. Desde que yo soy concejal todos mis amigos me encuentran gordo. Es posible que, en efecto, yo esté engordando; pero antes no lo observaba nadie. Y aquí me tiene usted obligado a seguir un régimen vegetariano para adelgazar. ¡Con decirle a usted que he tenido que romper un vidrio en el balcón de mi despacho, creo que se lo he dicho todo!

—¿Romper un vidrio? No veo el objeto...

—Ha sido para darle al despacho un aire de austeridad. Mis electores, cuando vienen a visitarme, se hielan, pero dicen: «Este hombre no puede reponer ese vidrio. Indudablemente, es un concejal honrado»...

A todo esto se había acercado el camarero, y mi amigo había pedido una copa de coñac.

—¿De cuál? —le habían preguntado.

Y después de un instante de vacilación, mi amigo había dicho:

—Del corriente. Del más barato...

Mientras el camarero volvía, yo miraba al concejal y me abismaba en amargas reflexiones. Para aquel hombre se había acabado ya el buen coñac, el tabaco escogido, las comidas delicadas y las mujeres bonitas. Su propia esposa tendría, en lo sucesivo, que vestirse mal y que descuidarse las uñas. Y entonces ocurrió lo increíble: un vecino de Madrid compadeció a uno de sus concejales.

—Pídale usted un coñac bueno—le dije—.

Yo le invito. Y que traigan unos habanos...

Y he aquí cómo un concejal honrado me sacó del bolsillo seis o siete pesetas.

Julio Camba

Interpretación social del arte en América

UN pequeño grupo de poetas en el Perú propugnamos desde hace 2 años la concepción marxista revolucionaria del poema, sin olvidarnos que el problema cultural difiere del problema político, aunque éste esté al servicio de aquél. Desde entonces nos hemos propuesto escribir obras. Conscientes de que una buena obra persuade más que 50 agitadores, además, luchamos contra la literatura de clase pequeña burguesa, individualista, y la nuestra de frente único, revolucionaria y de multitud, orientada hacia un cierto neo-nacionalismo continental, la hemos extendido por todos los pueblos de América. Con este fin hemos fundado una literatura campesina, y la defendemos contra las tendencias y los grupos literarios que, abiertamente, se inspiran en ideas reaccionarias. Cabe explicar la tendencia de nuestra literatura: como cosa social, no está subordinada a la realidad política de América; tiende a la captación ideal de nuestro designio grandioso de pueblo donde se funden todas las culturas del universo. Como arte, no es el gesto lírico de una raza mestiza que todavía se siente indígena y que busca estados emotivos en las leyendas incáica o azteca. No, no podemos hablar de una cultura neta indoamericana en países que todavía no se han independizado del feudalismo económico y del colonialismo espiritual a que están sometidos. Es fatal el proceso histórico de la evolución de los pueblos por etapas, por eso es simplista pensar en construir un arte propio, una

ciencia, una cultura, sin base, marginándonos del Occidente—porque hay que comprender que debemos superar al pasado.—América tiene que ser un crisol de culturas. De esta asimilación recién saldrá nuestra propia cultura. Se necesita ser poco visionario para no darse cuenta de una cosa tan fundamental. Bien, pero asimilar la cultura extranjera no quiere decir, servil copia, como creen por ejemplo algunos poetas que se roban versos de Mayakowski y le dan ciudadanía americana, o como el hecho de que algunos pintores imiten a Picasso, etc., en Buenos Aires o en la Habana, y que por este solo hecho sea americano, o el caso de nuestros pensadores oscuros que no son sino máquinas parlantes de la filosofía alemana a través de España, para llamarse luego pensadores americanos. Nuestro arte no es de sensibilidad europea, ni aborígen; realizado en una época de fervor indoamericano, responde íntegramente a una concepción cósmica, con elementos propios de la raza, (el instrumento). A la vez que sirve de agitación, registra la tragedia de 100 millones de hombres sometidos prácticamente al imperialismo económico yanqui. Nuestro arte no será instrumento político, para esto sobra talento, no es por individualismo. No sobra humanidad; somos antes que todo revolucionarios. No podemos sustraernos a un ciclo insurgente. El poeta, el artista verdadero no se improvisa como creen algunos políticos de concepción unilateral, menos cuando sólo dogmatizan en

cenáculos. Hay tan pocos poetas revolucionarios, conscientes de su histórica misión. Grandioso el país que los tenga. Estamos llenos de poetería feble, y éstos son los que resultan traidores, aunque quieran llamarse «revolucionarios poetas».

Nuestro arte es americano, legítimamente, su emoción está enraizada en la tierra y su palabra tiene el sonido del viento, por eso es también internacional, como es internacional y americano Diego Rivera que ha polarizado en sus manos el movimiento pictórico de todos los siglos y de todas las latitudes; como es americano Mariano Azuela en sus novelas *Malra* y *Los de abajo*; es americano José Ingenieros; 3 revolucionarios y auténticos representativos; como ellos, en la juventud—ésta nuestra grandiosa esperanza positiva;—hay valores indiscutibles, y mal hacen los políticos en motejarlos desdeñosamente de «intelectuales», nada más que por manifiesta incapacidad de comprensión. Si no me equivoco llamaban así en la Rusia Soviética a los leguleyos, a los profesores del zarismo, en general a los profesionales reformistas; ¿pero llamar en América «intelectual» a los escritores, más todavía identificados con el pueblo, en su mayor parte de ideología social definida, acaso porque carecen de practicismo político? No es tolerable. La táctica realista impone más comprensión. ¿Acaso ignoran que la revolución es un ideal? Entiendo que nosotros, dentro de la revolución y en este momento, ocupamos el primer puesto de avanzada. El pensamiento antecede a la acción.

Desde el primer momento abominamos un arte regional, limitado y falso por cuanto tiene como única finalidad la metaforización, bien individualista; comprendemos que todos tenemos que sentirnos útiles a la tarea común, como termómetros de sensibilidad que somos abarcamos mucho más de la realidad estética que nos rodea. Vemos muy claro el porvenir y comprendemos los peligros terribles de celestinaje del arte de metáforas o sea el «arte puro»; razón inobjetable para habernos sumado a la causa social del continente. El arte es la expresión genuina de los pueblos, y como tal tiene que ser revolucionario; por eso hemos puesto nuestro arte al servicio de la revolución. Esta corriente manifiesta en múltiples sectores del arte, ha tenido la virtud de que se nos tome en cuenta, no digo en los centros revolucionarios de Europa, sino hasta en la misma España, con ser ésta la antítesis de América.

Definitivamente planteada nuestra posición social, en su iniciación un tanto anárquica, fue más tarde un frente que influyó a que muchos poetas nacionales se adhieran, aunque no prácticamente por la prohibición que hay en el Perú al derecho de sindicalización. Cuál sería nuestra sorpresa, cuando recibimos la adhesión franca de los poetas jóvenes de Bolivia, Chile, Ecuador, Uruguay, Colombia, Venezuela, para no citar sino a los países más afectados por el imperialismo yanqui en Sur América.

Nuestro problema es sustantivo y tenía que interesar como una nueva concepción de estética social, aunque económicamente no cumpla su rol histórico, por carecer la masa de preparación cultural, y sobre todo, hasta que los pueblos de Indoamérica no se unan y socialicen sus medios de riqueza y producción.

Son bien delineadas las etapas del arte en América: el feudal, el burgués, y últimamente el proletario.

El feudal tuvo su campo de acción durante la colonia y se inspiró en la dictadura de los señores (exaltación religiosa); este arte engendró un arte burgués, inspirado en

la compra y venta, encauzados en élites, el origen de su inevitable decadencia, (Romanticismo, Naturalismo, Parnasianismo, Simbolismo, Decadencia—Asunción Silva, Díaz Mirón y Chocano, Darío, Eguren, Herrera Reissig). Subdividiéndose a su vez en un arte pequeño burgués, que es la realidad imperante en América, individualista y anárquica, que trae consigo los gérmenes de su negación, (Creacionismo, Maquinismo, Estridentismo, Ultraísmo, Simplismo—Huidobro, Parra del Riego, Maples Arce, Jorge

Luis Borges, Alberto Hidalgo); precipitando un arte de liberación con contenido social, que adapta forma definitivamente de producción colectiva. Y, este es nuestro arte, de análisis, en pleno desarrollo, no solamente cultural, sino también económico, al revés del burgués, que es de síntesis e imperialista. Solamente tras del nuestro, se dibuja el arte proletario, aspiración justa de las masas oprimidas; pero para esto es menester, inevitablemente, que se realice la justicia social.

Serafin Delmar

México, D. F., 1928.

José M. Eguren: Sus mejores poesías

—Tomadas del Boletín Bibliográfico de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos, Lima. Entrega correspondiente a diciembre de 1924.—

Nota.—Agotadas las ediciones de *Simbólicas*, 1911, y *La Canción de las Figuras*, 1916, y hechos cada vez más raros los ejemplares de estos libros, por el interés que la crítica extranjera, europea y americana, ha tenido en estudiar la original y profunda poesía de Eguren, hemos considerado un deber bibliográfico la publicación, en este Boletín, de *Simbólicas* y de algunos poemas de *La Canción de las Figuras* y de *Sombra*, libro inédito, agregando algunas composiciones sueltas. La selección ha sido hecha por Pedro S. Zulen, Director de este Boletín, uno de los mejores amigos y más entusiastas admiradores del originalísimo poeta.

Si mucho se ha escrito, mucho más se ha hablado sobre la formación del poeta de *Simbólicas*, atribuyendo a distintas influencias el origen de su simbolismo y de su obra. Conocedores íntimos de la personalidad de Eguren, creemos necesario hacer llegar al público algunos datos. Dos han sido los más importantes factores en la formación del poeta, dotado de riquísimo temperamento: las impresiones campestres recibidas en su infancia en *Chuquibambilla*, hacienda de su familia en las inmediaciones de Lima, y las lecturas que desde su niñez le hiciera, de los clásicos españoles, su hermano Jorge. Diéronle las primeras no sólo el paisaje que da fondo a muchos de sus poemas, sino el profundo sentimiento de la Naturaleza, expresado en símbolos, como lo siente la gente del campo que lo anima con leyendas y consejas y lo puebla de duendes y brujas, monstruos y trasgos. De aquellas clásicas lecturas, hechas con culto criterio y ponderado buen gusto, sacó la afición literaria, la riqueza del léxico y ciertos giros arcaicos que dan sabor peculiar a su muy moderna poesía. De su hogar, profundamente cristiano y místico, de recia moralidad cerrada, obtuvo la pureza de alma y la tendencia al ensueño. Puede agregarse que en él, por su hermana Susana, buena pianista y cantante, obtuvo la afición musical que es tendencia de muchos de sus versos. En cuanto al color y a la riqueza plástica, no se debe olvidar que Eguren es un buen pintor (aunque no llegue a su altura de poeta) y que comenzó a pintar antes de escribir. Ha notado algún crítico que Eguren es un poeta de la infancia y que allí está su virtud principal. Ello seguramente ha de tener origen (aunque discrepemos de la opinión del crítico) en que los primeros versos del poeta fueron escritos para sus sobrinas y que son cuadros de la infancia en que ellas figuran. Allí está para demostrarlo *Juan Volatin*, una de las primeras composiciones del poeta, poco anterior al año mil novecientos, y en la que ya se puede apreciar toda la originalidad de su arte. Sus primeros versos

dados al público son poco posteriores a aquella fecha y fueron publicados en *Lima Ilustrado*. Eguren siguió pintando y escribiendo, depurando su temperamento y haciéndose cada día más señor de su arte, pero únicamente su familia y algunos amigos conocieron sus actividades artísticas. Emedio nuestro estaba en esa época en un atraso absoluto. El romanticismo dominaba por completo y hasta los más tímidos ensayos modernistas eran recibidos con burla. Quienes conocían los versos de Eguren, creían que sólo habían de tener por comentario la risa. Y parece que estaban en lo cierto. Fué en 1908, que, primero, por su amistad con Enrique Bustamante y Ballivián, y, después, con Julio A. Hernández, Pedro S. Zulen y Abraham Valdelomar, comenzó a ser conocido en los círculos literarios. En *Contemporáneos*, revista dirigida por Bustamante y Hernández, fué que verdaderamente apareció al público. No es necesario decir que de primer momento no fué comprendido y que la risa con que se recibe a todo lo verdaderamente original y bello, acogió a los admirables poemas que después formarían *Simbólicas*. De esa época es el conocimiento y la profunda amistad que había de despertarse entre Eguren y González Prada, el maestro de todos quienes pensaban en atacar al pasado y buscar formas nuevas para el arte. Prada, con todo su espíritu comprensivo, aquilató el valor de aquellos versos y animó, comprometió casi, a Eguren para la publicación de su primer libro, cuyos versos estaban todos terminados antes de que aquellos dos grandes espíritus se conocieran. Pero Eguren sólo comenzó a ser conocido y apreciado en su valor después del estudio de Enrique A. Carrillo, publicado en *Colónida*, la revista de Valdelomar, en 1916. De entonces acá la marcha de la gloria del poeta ha sido cada día más firme, y las voces de fuera con todo el valor de altos críticos, han impuesto al poeta como a uno de nuestros más altos valores, de los más altos de América, por la originalidad y la fuerza sugerente de sus poemas, donde palpita el misterio con toda su atracción y todo su enigma. González Prada decía que no encontraba en ninguna literatura origen al simbolismo de Eguren. Ningún crítico ha de encontrarlo nunca. La originalidad del poeta, como todas las verdaderamente creadoras, nace de la personalidad. En esta nota hemos querido dar algunos datos sobre su formación. Ojalá ellos sirvieran para que mañana, por pluma capaz de esa labor, se hiciera el definitivo estudio del poeta.

E. B. y B.

—De *Simbólicas*. Lima, 1911—

Las Señas

Del parterre en la roja banca
brilló con las dos Señas,
que de la tumba asiría, blanca
son vespérales dueñas.

Allí, sentada junto al quino,
se mira azul y muerta;
y el candor mago, bizantino
boga en la luz desierta.

De fronda triste me han llamado
¡dulce horror! las dos Señas;
y hay un peligro desolado
en las flores risueñas.

Abre antiguo betel su broche
que verde luz destella...
¡Ah, purpúrea, festiva noche,
te pasaré con ella!

Ananke

Lanza el oboe vespertina queja;
y vagamente la virtud se aleja.

Se mira humoso el castillo roquero;
allí principia el cántico agorero.

Vuelve hacia mí tu labio purpurino
que ríe los silencios del Destino.

Tienes la frente azul y matutina;
es un goce fatal que la ilumina.

Continuaré mi verso desolado;
tú lo puedes oír porque has pecado.

Ve la felicidad pura, tangible.
—No la quiero mirar porque es horrible.

—Cierra tus ojos niña;... ¡entonces muere!
—Yo no debo morir, Dios no me quiere.

Las bodas vienesas

En la casa de las bagatelas,
vi un mágico verde con rostro cenceño,
y las cicindelas
vistosas le cubren la barba de sueño.
Dos infantes oblongos deliran
y al cielo levantan sus rápidas manos,
y dos rubias gigantes suspiran,
y el coro preludian cretinos ancianos.
Que es la hora de la maravilla;
la música rompe de canes y leones
y bajo chinesca pantalla amarilla
se fuercen guineos con sus acordeones.
Y al compás de los címbalos suaves,
del hijo del Rino comienzan las bodas;
y con sus basquiñas enormes y graves
preséntanse mustias las primas beodas,
y margraves de añeja Germania,
y el rutilo extraño de blonda melena,
y llega con flores azules de insania
la bárbara y dulce princesa de Viena.
Y al dulzor de virgíneas camelias
va en pos del cortejo la banda macrobia,
y rígidas, fuertes, las tías Amelias;
y luego cojeando, cojeando la novia,
la luz de Varsovia.
Y en la racha que sube a los techos
se pierden, al punto, las mudas señales,
y al compás alegre de enanos deshechos
se elevan divinos los cantos nupciales.
Y en la bruma de la pesadilla
se ahogan luceros azules y raros,
y, al punto, se extiende como nubecilla
el mago misterio de los ojos claros.

Eroe

Del bosque las auras venían acedas,
llegaron las luces de ensueño opalinas.
A Eroe yacente, nos dicen los Eddas,
miraban llorosas las nobles encinas.

Odin anochece brillantes corolas;
la besa, y con brumas soñadas la viste;
la «Norma» acompaña las tiernas bandolas
y suave le ofrece la anémona triste.

El eco sentido de trovas amantes
le lleva dormidas las ondas de Ofelia;
y núbiles norsos y celtas infantes
le dan la dulzura del alba camelia.

Y el rey colorado de barba de acero,
su padre, la llama con queja amorosa;
y un llanto de fiera, un llanto sincero
se pierde en la duna de Islandia brumosa.

Y nube azulea divinos fanales:
aquellos sus ojos que el Norte encendía;
y notas de Luna sus senos liliales
desmayan en triste, fugaz celestía.

Sus brazos circundan el rostro de nieve,
la boca encendida perfumes exhala;
y el ser intangible se mueve, se mueve
buscando el hermoso jardín de Valhala.

Que Eroe la tierra pasó sin sosiego
y en sombras virgineas huyó de la vida;
y, cuentan los Eddas, que labios de fuego
besaron helada, purpúrea la herida.

Blasón

A niña que dulces amores sueña
la persigue el Duque de los halcones;
y si no mienten las fablas de dueña,
se acercan doradas tribulaciones.

En la roja almena canta el autillo
y con miriñaque beldad se asoma;
y tiene encendido el dulce carrillo,
murmura y tiembla como la paloma.

La urraca se oculta. La niña mira
con sus ojos zarcones la aspillera,
ya con aliento de rosa suspira,
ya el cintillo descoge lastimera.

Vienen la coja reina y los nobles;
raudo el Duque procura alejamiento;
pero las ayas de los fustes dobles,
la aurora predicen del sufrimiento.

La walkyria

Yo soy la walkyria, que en tiempos guerreros,
cantaba la muerte de los caballeros.

Mis voces obscuras, mi suerte lontana,
mis sueños recorren la arena germana.

Y de paladines fierísimos robo
las cotas de reno, los dientes de lobo.

No valen, no valen las duras corazas
y los guanteletes, las picas, las mazas.

Ni vale tampoco la senda florida,
los cielos dorados, la luz de la vida.

Soy flor venenosa de pétalo rubio,
brotada en la orilla del negro Danubio.

Y no desventuras mi faz manifiesta;
mi origen no saben los cantos de gesta.

Y sé las ideas funestas y vagas;
y el signo descubro que ocultan las sagas.

Yo soy la que vuelvo continuo las fojas
del mal: las azules, las blancas, las rojas.

Sin tregua contemplo la noche infinita;
me inclino en la curva de ciencia maldita.

Y dando a mi cielo tristísima suerte,
camino en el bayo corcel de la muerte.

Marcha noble

Y las rubias vírgenes muertas,
del castillo ducal no lejos
y de las brumas en el fondo,
vertían sus celestes lágrimas.
Y con sus nacaradas manos,
en los musgos y setos buscan
las purpúreas florecillas,
y sollozan inconsolables.
Y modulando van sus sueños
los días de oro recuerdan,
y sus lindos ojos enluta
desolada visión de muerte.
Las beldades caminan dulces
sobre los marchitados musgos,
y florecillas de oro buscan
vertiendo sus celestes lágrimas.

La dama I

La dama I, vagarosa
en la niebla del lago,
canta las finas trovas.

Va en su góndola encantada
de papel a la misa
verde de la mañana.

Y en su ruta va cogiendo
las dormidas umbelas
y los papiros muertos.

Los sueños rubios de aroma
despierta blandamente
su sardana en las hojas.

Y parte dulce, adormida,
a la borrosa iglesia
de la luz amarilla.

Nora

Así le canta a Nora
su triste abuela:
—En tu juego no sigas
por la dehesa;
que en su beleño
soñarás con el hombre
de torvo ceño.

El lugar no contemples
de los chaparros,
cuando por él discurren
los duendes gachos,
que en sus ficciones
te enseñarán sus tristes
cavilaciones.

Ni busques los derruidos,
añejos hornos;
a ocuparlos van siempre
los mustios gnomos,
cuyos acentos
te ceñirán de amargos
presentimientos.

Cuando beber ansies
de fresca noria,
a buscarla comienza;
mas, nunca sola,
porque latidos
sentirás en el alma,
desconocidos.

La oración de la cometa

Sube, sube
la cometa
por la lírica nube
de la emoción secreta.

Con la mora
celestia
piensa feliz, canora,
en la luz melodía.

Bayadera
azul flava,
en danza maromera
goza de verse esclava.

Con mufices
y borrones,
va cantando felices
supersticiones.

Lied II

Y el viento en la marisma entonaba
la canción de Schumann vespéral;
y distante un bajel naufragaba
en el insidioso peñascal.

Y vense las obscuras olas
masteleros últimos cubrir,
con el amor de las playas solas
donde van las aves a morir.

Y surgió la virgen nacarina
desde el submarino panteón,
y con la luz de ocaso declina
y con una lánguida canción.

Sobre ella parado un cuervo incierto
la guía en violeta navegar;
hoy la mística blancura ha muerto
con toda la tristeza del mar.

Lied I

Era el alba,
cuando las gotas de sangre en el olmo
exhalaban tristísima luz.

Los amores
de la chinesca tarde fenecieron
nublados en la música azul.

Vagas rosas
ocultan en ensueño blanquecino,
señales de muriente dolor.

Y tus ojos
el fantasma de la noche olvidaron,
abiertos a la joven canción.

Es el alba;
hay una sangre bermeja en el olmo
y un rencor doliente en el jardín.

Gime el bosque,
y en la bruma hay rostros desconocidos
que contemplan el árbol morir.

Marcha fúnebre de una marionnette

Suena trompa del infante con aguda melodía.
La farándula ha llegado de la reina Fantasia;
y en las luces otoñales se levanta plañidera
la carroza delantera.

Pasan luego, a la sordina, peregrinos y lacayos
y con sus caparazones los acéfalos caballos;
va en azul melancolía
la muñeca. ¡No hagáis ruido!
se diría, se diría
que la pobre se ha dormido.

Vienen tímidos y erguidos palaciegos
[borgoñones
y los siguen arlequines con estrechos
[pantalones.

Ya monótona en litera
va la reina de madera;
y Paquita siente anhelo de reír y de bailar,
flotó breve la cadencia de la murria y la
[añoranza;
suena el pífano campestre con los aires de
[la danza.
¡Pobre, pobre marionnette que la van a
[sepultar!

Con silente poesía
va un grotesco Rey de Hungría
y lo siguen los alanos;

así toda la jauría
con los viejos cortesanos.
Y en tristor a la distancia
vuelan goces de la infancia,
los amores incipientes, los que nunca han
[de durar.
¡Pobrecita la muñeca que la van a sepultar!
Melancólico un zorcico se prolonga en la
[mañana,
la penumbra se difunde por el monte y
[la llanura,
marionnette deliciosa va a llegar a la
[temprana
sepultura.
En la trocha aúlla el lobo
cuando gime el melodioso *paro bobo*.
Tembló el cuerno de la infancia con aguda
[melodía
y la dicha tempranera a la tumba llega ahora
con funesta poesía
y Paquita danza y llora.

¡Sayonara!

Hoy el Sol tamizan los glaciés azules
del delicioso camarín de Mignón,
sobre campánulas pintorescos gules
y muñecas de comprimido cartón.

Las de cobalto figulinas galantes
loca rondinela fingen sin cesar;
y de Watteau las pinturas elegantes
y camafeos semejan bostezar.

No lejos de alba Venus de Carrara,
junto al grotesco Luzbel en oración,
se adivina en rojas letras: ¡Sayonara!
la doliente despedida del Japón.

Gongo lloroso y extraña barcarola,
del rosado país ensueño letal,
la obscuridad nos dicen de la amapola
que se inclina y cierra en el carmín cristal.

En de luz país y de sombrilla verde
felices rien princesas de pasión...
Bien sabes tú la esperanza que se pierde
cuando el tam tam demanda desolación.

Deliciosa Mignón con festivos ojos
y con castaño cabello, blonda bebé;
de tu estancia veo mis luceros rojos
que en el espacio mueren, dime por qué?

Escucha, tenue lirio de terciopelo
en tu floreado diván de Estambul:
Yo tengo una añoranza de un triste cielo,
y de una muerta rosa en tu alma azul.

Reír te miro, con tu sonrisa clara,
entre exóticos juguetes de cartón;
mas ¡ay! el terrible y dulce ¡Sayonara!
en tus ojos se presenta de mignon.

Reverie

Y soñé, de un templete bajaban
dos dulces bellezas matinales
y oí melancólicas hablaban
de las nobles dichas forestales.
Las vi en el blasón de la poterna
azulinas y casi borradas
despierto años después, la cisterna
las mecía medio retratadas.
Y al fin las divisé lastimosas
por los caminos y por las abras;
y hablaban las bellas melodiosas;
pero no se oían sus palabras.
Así, su memoria me traía
las baladas de Mendelssohn claras;
pero ni Beethoven poseía
la trístisima luz de esas caras.

Casa vetusta

En el fondo del valle,
vetusta casa
nos presenta musgosas

escalinatas.
En el bosque sombrío,
mustias y raras,
como muertas pupilas
son sus ventanas.
Por los negros pasillos
que se enmarañan,
el oído acarician
breves palabras.
En su raro aposento
viven las hadas
y los antiguos seres
de la campaña.
Las ancianas cigüeñas
que en ellas paran,
de los muertos señores
a veces hablan.
Por doquiera nos dicen,
las luces blancas,
el amor misterioso,
feliz que guardan.
O miramos señales
multiplicadas,
de la siempre escondida
suerte galana.
Y por eso los gratos
ensueños causa,
blanquecina y musgosa,
vetusta casa.

El pelele

Las princesas rubias al triste pelele
festivas marean en cálida ronda;
y loco se duele,
veloz acompasa la giba redonda
y los cascabeles, la turbia mirada,
la nez purpurada.
Las gentiles lucen divinos destellos,
vibrando a la vuelta los crótalos bellos,
con risa ideal;

y flotan, corriendo, lumbrosas las sayas
en las rondinelas y las faramallas;
y canta el aroma azul, virginal;
en torno gravita la nota sombría
en ojos gachones que el amor enciende;
las princesas cantan la peleenía
que cuentan felices baladas de Ostende;
al pobre le ciñe sombría la duda
y vuelve a la tierra la nez puntiaguda;
y pasan en torno la loca matraca
y los figurones de la polinaca
con luz capitosa de hiriente metal;
la luz en el canto, el sueño en las ondas,
animan ingenuas las núbiles blondas,
princesas del mal.
El toque principia de las tarantelas
las danzas caídas y las paralelas,
memorias trayendo de Weber lejano,
la monotonía del triste cingano
y el fugaz amor;
y baila el remisó temblando de horror.
Cuando centellea la luz colorada,
le dan al pelele la zumba palmada;
recuerdan la ronda: la dúlcida y bella
la risa galante sentida en Marsella
en tiempo remoto del mágico Flor;
la música dulce, lilial de Dinorah,
el canto de cielo; Mireya que adora,
y el són matinal,
de los provenzales la dicha, la calma;
y el pobre pelele se muere del alma,
de escondido mal.
Las princesas rubias pasaron el día
cantando placeres con la tristecía
en la rondinela de la juventud;
y en el gorigori llevando sin duelo,
del pobre pelele caído en el suelo,
el triste ataúd.

(Seguirá esta antología
en la próxima entrega)

Más vale así

=De El Tiempo, Bogotá=

El interés mostrado por Mr. Kellogg en la reanudación de relaciones diplomáticas entre Chile y el Perú, con la mira de que estos países lleguen a un entendimiento sobre la manera de terminar sus diferencias por medio de un arreglo directo, es indicio de que Washington empieza a comprender la lección de la historia contemporánea americana. Debemos felicitarnos a nosotros mismos, sin negarle un aplauso al secretario de Estado saxoamericano. Aprender en política es más difícil que en botánica o en geometría descriptiva, y la razón de esa dificultad, aunque obvia, no siempre es de fácil explicación. Los problemas políticos se complican siempre y son difíciles de resolver, porque interviene en ellos un coeficiente personal de ardua, acaso de imposible eliminación. Es muy fácil clasificar una nueva planta; no hay dificultad ninguna en determinar el rumbo de un lugar geométrico, porque de estas ciencias está ausente el intrincado elemento personal. Pero en una ciencia tan vecina de la botánica como la zoología ya surgen disputas enconadas sobre las afinidades entre el hombre como especie zoológica y los monos africanos.

En el curso de su experiencia burocrática el señor Kellogg ha debido llegar, tal vez contra su voluntad, a la conclusión de que interviniendo en las cuestiones americanas, su país, antes que apaciguar los ánimos de los litigantes y facilitar el aplanamiento de las diferencias, exacerba los unos y hace más sensibles las otras. Si tal es hoy su estado de alma debemos congratularnos con él. Sucesos recientes concurren a enseñarnos, si los estudiamos candorosamente, que Washington no es el árbitro ideal en las

controversias internacionales hispano-americanas. Muchas veces han apelado estos pueblos a potencias europeas deseosos de resolver sus conflictos pacíficamente y han logrado su propósito en litigios tan enconados ya y tan erizados de obstáculos como el de fronteras entre la Argentina y Chile, a fines del siglo pasado. La sabia decisión de Eduardo VII echó las bases de una amistad sólida y cristianamente sincera entre los dos países del Sur.

Pocas veces han sido llamados como árbitros los Estados Unidos saxoamericanos para decidir en competencias internacionales de este Continente. No es muy lisonjero para ellos ni para la América en general la historia de sus actividades como amigables componedores. Media, a no dudarlo, entre las naciones centroamericanas la voluntad generosa de realizar un género de liga anfictiónica, por medio de la cual se aumenten la fuerza política del grupo y se eliminen los gérmenes de rivalidad a los cuales se deben guerras injustas, temerarias y costosísimas. Washington se ha mezclado en estos asuntos, y el resultado hasta nuestros días ha sido el fracaso de las buenas intenciones mostradas por aquellas repúblicas. En 1925, sucesos políticos de importancia, ocurridos en Chile y en el Perú, hacían posible un entendimiento entre los dos países, los cuales les dieron curso a sus deseos, con la creación de un tribunal en que el representante saxoamericano llevaba la palabra del árbitro. No hay para qué renovar en nuestra memoria el triste desenlace de esa conferencia en que los pueblos iberoamericanos habían colocado todas sus esperanzas.

Sería demasiado ingenuo suponer que hay en esta serie de fracasos una fatalidad su-

perior a la inteligencia humana. El destino en éste como en todos los casos es solamente la resultante de fuerzas conocidas o desconocidas que no fue posible dominar. El obstáculo principalísimo que se interpone entre aquellos Estados Unidos, como árbitro, y las demás naciones del Continente, es la actitud de potencia superior y predominante asumida por ellos. Nadie niega que por su posición, su riqueza, su población, su fuerza militar y naval, su extensión territorial y sus infinitos recursos, la Unión saxoamericana es superior a cualquiera de las otras naciones del Continente. Pero debía de ser igualmente indiscutible que ante la comunidad de las naciones todas estas repúblicas son iguales. Este último axioma los Estados Unidos de que habíamos no lo reconocen ni lo aceptan. La llamada doctrina Monroe da la negación del principio de la igualdad entre los pueblos soberanos, y no basta alegar que ha servido para protegernos de peligros manifiestos, porque la protección, recibida como dádiva, sin obligación recíproca, es entre las naciones degradante como entre los hombres. Los pueblos iberoamericanos que acepten la protección de Washington como una dádiva, admiten una posición de inferioridad y limitan a un tiempo su soberanía y su dignidad. La doctrina Monroe no será nunca prenda de paz en el Continente mientras no deje de ser una declaración unilateral exenta de obligación para los mismos que la han proclamado. La doctrina Monroe servirá de lazo de unión entre los pueblos de América el día en que asuma la calidad de pacto voluntario, igualmente obligatorio para todas las naciones que lo suscriban. No se les puede decir ni a las repúblicas ni a los hombres libres: «Os defenderé cuando me plazca, sin aceptar la obligación de defenderos, porque tal defensa no estará determinada por razones de equidad ni por vuestras propias necesidades, sino por mi exclusivo provecho.»

Tal actitud de parte de aquellos Estados Unidos no puede en manera alguna calificarse como árbitros deseables en las disputas existentes o que puedan surgir entre las repúblicas latino-americanas. Es una calamidad que la suspicacia intervenga casi siempre para hacer más difícil la solución de conflictos entre unas naciones y otras; pero para llegar a un entendimiento es preciso tener en cuenta las suspicacias y tratar de eliminarlas. La conducta de los estadistas saxoamericanos de 1837 hasta nuestros días justifica plenamente la desconfianza manifiesta o latente de los demás pueblos de este hemisferio frente a Washington. No podemos olvidar ni la acción inclemente de Roosevelt ni el lenguaje tosco y desabrido de Knox en sus relaciones con la América

Latina. La desconfianza subsistirá siempre mientras haya fuerzas navales saxoamericanas en Nicaragua y mientras la fuerza de aquellos Estados Unidos les impida a los nacionales de Haití el ejercicio de sus derechos como ciudadanos de una república libre. No puede servir de árbitro un poder que sin estar investido de las atribuciones de juez abusa de su fuerza para desposeer y para oprimir al débil. No es suspicacia imaginar que nombrado juez se servirá de sus atribuciones en su propio provecho. Tal es la opinión de la América Latina acerca de la Unión saxoamericana y no deja de ser

grato que el secretario de Estado en Washington lo reconozca tácitamente, y, renunciando a un mandato superior a sus precedentes, trate de convencer a Chile y al Perú de la conveniencia americana de arreglar sus diferencias por medio de negociaciones directas. Y ya que Washington lo reconoce, es tiempo de que las otras repúblicas del continente se convenzan de que mientras dure la situación equívoca creada y sostenida por aquellos Estados Unidos en sus relaciones con Latinoamérica, no podemos contar con ellos como jueces idóneos para dirimir nuestras querellas.

B. S a n i n C a n o

Tablero

=1928=

Habana, julio 20, 1928.

Sr. Don Joaquín García Monge.

Director del Repertorio Americano.

San José de Costa Rica.

Mi querido amigo: Hemos lanzado la idea, —desde 1928— de una Exposición del Libro Americano en la Habana, a semejanza de la que organiza Enrique Espinoza en la Argentina. Necesitamos, naturalmente, para alcanzar éxito, de la ayuda total de los amigos y camaradas, y la suya es imprescindible, aunque desde el primer momento hemos contado con ella.

Le envío el número de la revista, y un recorte con un comentario. Si usted se decide a publicar algún suelto, le estimaría mucho la indicación de que los envíos deben hacerse a mi nombre, al Apartado 2228 que es el de la revista.

Otra vez la gratitud y siempre el afecto de su amigo,

Félix Lizaso

Nos duele avisar a los que ya estaban interesados entre los nuestros, que ya no vendrá a Costa Rica el insigne pedagogo español don Lorenzo Luzuriaga. Así nos lo comunica en carta de Panamá, 15, agosto, 1928. Sigue rumbo al Sur. ¡Lastima que nada se hiciera desde acá por haberlo retenido unos días y hacerlo llegar a Costa Rica! en donde su labor habría sido fecunda; y hace falta además. Consolémonos, por ahora, con estas palabras suyas: «Yo espero que en otra ocasión podré volver por Centro América, y entonces trataré de cumplir lo que ahora no he podido, ofreciéndoles lo único que puedo: mi trabajo».

De la Editorial Excelsior, de París, hemos recibido para la venta estas obras, a cual más interesante:

Rubén Darío: <i>Epistolario</i>	1.25
José E. Rodó: <i>Epistolario</i>	1.50
Alfonso Arinos: <i>Cuentos de Tierra Adentro</i>	1.75
Fco. García Calderón: <i>El Wilsonismo</i>	1.00
H. D. Barbagelata: <i>Para la Historia de América</i>	3.00
Ventura García Calderón: <i>Canfílenas</i>	3.50
Varios autores: <i>Rodó y sus críticos</i> ..	3.25
Merardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	1.75
V. García Calderón: <i>Si Loti hubiera venido</i>	1.75
G. A. Becquer: <i>Rimas completas</i> ..	1.75
E. Díez Canedo: <i>Pequeña Antología de Poetas Portugueses</i> ..	1.75
L. López de Mesa: <i>El Libro de los Apólogos</i>	3.00
Armando Chirveches: <i>Flor del Trópico</i> (Novela)	3.00
Miguel de Unamuno: <i>De Fuerte Ventura a Paraíso</i>	3.75
José Martí: <i>Discursos</i>	3.00

Señas de escritores:

Amanda Labarca H.—Casilla 9. Santiago de Chile.

A. Godoy.—43 rue Raffet. París XVI.

José María Eguren.—Colmena 462. Lima. Perú.

Carlos Vicuña.—Jujuy 961. Mar de Plata. Rep. Argentina.

Coelho Netto.—Rua do Roso N.º 79. Rio de Janeiro. Brasil.

Juan E. O'Leary.—38 Avenue Hoche. París.

Por ahora la dirección de José G. Antuña es: Adolfo Berro. 5 (Prado). Montevideo. Uruguay.

La de Lorenzo Luzuriaga, hasta 1.º de octubre del año en curso: Reconquista. 575. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Dr. Juan Artiga.—San Miguel 130. B. Habana. Cuba.

La dirección de nuestro compatriota Guillermo Padilla: 67 Woodland Road. Bristol, Inglaterra.

Referencias.—También aquí pueden citarse las «memorias» francesas. Están escritas, a veces, por personas de talento sobre pequeñas circunstancias y contienen con frecuencia muchas anécdotas, de manera que su base es a veces deleznable; pero otras veces son verdaderas obras maestras de la historia, como las del Cardenal de Retz, que se refieren a un campo histórico más amplio. En Alemania es raro encontrar maestros semejantes. Federico el Grande (*Histoire de mon temps*) constituye una gloriosa excepción.—Cita de Hegel.

Hugo Albert Rennest es uno de los grandes eruditos de los Estados Unidos, el país por excelencia del hispanismo actual. Sobre múltiples asuntos ha escrito fundamentales monografías; es clásica su tesis doctoral sobre *The Spanish Pastoral Romances*; el estudio externo del teatro en España le debe la contribución más esencial de género: el precioso libro *The Spanish Stage in the time of Lope de Vega* (1909).—Cita de José María Chacón y Calvo.

...el capítulo dedicado a Lope por Fitz-Maurice Kelly en sus excelentes *Lecciones de Literatura Española*. (1910).—Cita del mismo Sr. Chacón y Calvo.

NUEVA EMPRESA



Taller de reparación de automotores
SANARRUSIA Y LEITÓN

Lado Sur del Teatro Nacional

Teléfono 488.

Apartado 1108.

Un aventurero italiano en México

Relato truculento de Miguel Angel Osorio

TRAE usted el documento que prueba que Colón era de Génova? pregunté al señor Rossi.

—No... me contestó... pero en cambio ya verá usted una carta de un italiano de apellido Sanguinettus, que me parece una prueba más de que los antepasados de nosotros fueron los chinos.

Y efectivamente, Gino Sanguinettus suscribía la carta algo legible, un verdadero trozo de autografía. Soy algo paleógrafo y por eso pude leerla bien:

«Al navegar entre los años de 1504 a 1521, como exportador y conductor de esclavos al servicio de Las Casas y en calidad de intérprete durante diez y siete años, fui más esclavo que los mismos esclavos y más golpeado que las bestias de carga. Pero volví al servicio de Gino Doria, y navegando entre 1529 y 1540, por mi valor incomparable, quedé unido a Hernán Cortés.»

«Me permito dedicar este relato con su triste epílogo al señor Leonardus Sartorius, incomparable y muy distinguido historiador de los derechos de los hombres». —Gino Sanguinettus.

Gran sorpresa me dió la lectura de estas líneas, aunque sé muy bien que las gentes de entonces no tenían escrúpulos para decir cosas extraordinarias con la mayor sencillez.

—¿Y Sanguinettus qué diría de la famosa Atlántida?—pregunté al joven historiador.

Nuestra conversación se fué enredando hacia en torno de un tema tan actual. Porque al hablarse de Colón hay que convenir en que las sospechas de que existía la Atlántida de este lado del mar, eran tan fuertes como la seguridad de que aquí era el Ofir a donde Salomón había mandado sus barcos en busca de cedros olorosos, gemas finas y aromas alucinantes...

De mi conversación con Rossi voy a decir algo en esta narración, porque podría ser que algo se aprovechara para encontrar por fin el hundido continente, en que, según dicen, las ciudades eran de lápizlázuli delicioso y las gentes no peleaban por la conquista del oro porque todas lo tenían.

Basándose en antecedentes geológicos, la teoría de Platón sobre la existencia de la Atlántida es muy probable. El señor Profesor Rudolf Schuller, de la Academia de Cien-

cias de Viena, especialista en cuestiones geográficas, manifiesta terminantemente que: «No puede ponerse en tela de duda que la historia de Platón respecto a la Atlántida no tiene visos de ser inventada, sino, muy al contrario, merece el mayor crédito».

La leyenda de la Atlántida fué transmitida de generación en generación a través de los siglos. Los españoles tenían la leyenda de la «Isla de las siete Ciudades», en la cual creían con tanta firmeza, que en el tratado de Evora con Portugal, se reservaron el derecho de soberanía sobre las islas «que más tarde se descubrirían», confiando sin duda alguna en que toda la Atlántida había desaparecido bajo el mar. Los bretones creían en la existencia de la «ciudad sumergida de Is». Los habitantes de Inglaterra tenían en sus leyendas la famosa isla de Avalón; los escoceses, su «Faith Inis», rodeada por nubes y tempestades. En toda Europa persistió por siglos y siglos la creencia en un continente desaparecido.

Llegando a los tiempos modernos, nos encontramos con sabios tales como Buffon, Montaigne y Voltaire, hablando con frecuencia de la Atlántida, y admitiendo a veces su existencia. Este breve relato de los antecedentes históricos de la Atlántida sería incompleto si no mencionáramos el libro publicado por Ignatius Donnelly en 1880, en el cual trata de demostrar que la tierra desaparecida era no sólo todo lo que relató Platón, sino también el Jardín del Edén, el verdadero mundo antediluviano, cuyos reyes, reinas y héroes, más tarde se transformaron en dioses para la Grecia, Fenicia, India y Escandinavia. El libro de Donnelly fué proclamado por los sabios al corriente de la cuestión como una maravilla de lógica, en el cual la historia, la mitología y la filología se habían unido a la geología, la botánica y la zoología para confirmar una suposición prodigiosa.

Muchos de los geógrafos contemporáneos creen posible la existencia de la Atlántida bajo las aguas del Océano, pero casi nunca están de acuerdo en su posición exacta. Sir Daniel Wilson, quien por muchos años fué Presidente de la Universidad de Toronto, en el Canadá, declara que no debe buscarse bajo el mar, puesto que la tenemos a la vista. En otras palabras, sostiene que Amé-

José Martí...

(Viene de la página 120)

balsamos en las angustias de su tierra, la-deando sobre la abierta herida su propio corazón de colmena, se siente que las gotas descienden, no de un corazón amoroso, sino del Pindo célico del propio corazón del Amor. Porque en cada gota suya hay un alma de océano en que se siente el Mar. Y en cada chispa suya hay un alma de llama en que se siente el Sol.

Martí nació para guiar, para enseñar, para catedrático de hombres, para pastor de pueblos. No como vulgar pedagogo que, calado de gafas y en lo alto de un pupitre, pontifica teorías y calca erudiciones, sino como sereno nauta que en las Cólquidas humanas, trascendiendo los Notos y sorteando los sirtes, va haciendo que las almas descubran sus vellocinos de oro. No como un político de esos que se dicen conductores de masas, y que en verdad conducen, pero sólo por rumbos de su provecho estomacal, sino como los redentores, que muestran el camino repintándolo en rojo con la tinta de su propia sangre, que enseñan el amor sobre las páginas de su costado abierto y el sacrificio de sí mismos en el gesto amoroso y doloroso de sus brazos en cruz.

Para ser guía de hombres, es preciso, como él, haber alcanzado mayoría moral y no necesitar propio guía. Y eso se consigue cuando se ha conquistado por puño volitivo la domesticidad de las pasiones; cuando la cáfila de canes que soltó el apetito yacen con la lengua de fuera y la cadena al cuello junto al poste de bronce de un querer señorial. Por eso digo que Martí nació para conducir, porque él mismo sabía conducirse, y para dominar, porque él mismo se había dominado. Porque las pasiones son como jaulas que nos aprisionan. Y, en el pecho del hombre, por cada jaula que se rompe, hay una libertad que se construye; y sobre cada libertad construida, se oye el susurro de un par de alas abiertas. Martí ya había

roto todas las jaulas de su sér. Por eso era aquella alma toda espacio, y era aquel espacio todo alas. «Siento—dijo él—que las pasiones se han desprendido de mí como se desprenden al desnudarse las ropas».

Y, sobre todo, para ser maestro, tenía el don de amar, como las rosas tienen el don de perfumar. No con los amores de los hombres, que, como la sombra tras el cuerpo, llevan muy cerca el odio, sino con ese amor que ya no deja sombra. Todo, en la vida, tiene su opuesto relativo. El día, en los instantes en que fulge radioso, lleva consigo el resquemor de una pena; porque sabe que detrás de su manto de luminoso empujador, la noche, de puntillas, lo viene pinzando de tiniebla. Pues el día del amor de Martí no tuvo temores de tiniebla, porque ya había matado la tiniebla. Le lancearon no pocas veces los Longinos, y él en cambio, con el amor de sus heridas les devolvió la vista. Ungió de nardo hasta a los áspides de la perfidia. Daba cambio de besos a las monedas del mordisco. Y el perfume de sus piadosas azucenas amortajó en aromas hasta a la misma hediondez de la calumnia. Porque el amor en él en tal forma fluía, que, a pesar de regar sus caridades sin tasa, cuando vió palidecer a la envidia, hasta para la misma envidia le sobró caridad.

Muertas las sombras en su corazón, él ya podía doctrinar a los hombres, porque la doctrina estaba en sus entrañas. Bastaba abrir su pecho para enseñar el bien, como si cada latir suyo fuera una letra celestial, y el limpio corazón suyo un rútilo alfabeto de luz.

Y era de tal manera aquel corazón inmanchado, aquel grumo de cielo que el amor encendía, que pasó entre los malos sin un anatema para ellos y sin un pringue para él, como pasa el diamante cósmico de la exhalación por entre los odios de la noche, bendiciéndola con la luz y no manchándose con la sombra.

Santiago Argüello

(Concluirá en el próximo número)

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios: de \$ 200 (\$ 50 oro am.) uno, y de \$ 100 (\$ 25 oro am.) el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen acerca de este asunto:

¿América para los americanos o América para la humanidad?

Dentro y fuera del país, concurren los que puedan y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en unas mil palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.

El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones de estilo en estos concursos.

Rep. Am.

rica y Atlántida son un solo y mismo continente. Por otra parte, el Conde Byron Kuba de Provoch, quien trabaja con el Servicio de Antigüedades de Francia, ha emprendido viaje al Sahara en la esperanza de hallar restos de la desaparecida civilización en el Desierto, que no hace tantos siglos era parte del Océano. La isla de Creta o Candia en el Mediterráneo clama el honor de haber formado parte de la Atlántida, teoría que defiende con ardor E. S. Balch, Canciller de la Sociedad Americana de Geografía.

Luego tenemos la teoría aceptada por la mayoría de los expertos, que las islas de las Azores y Madeira, al Oeste de Gibraltar, son las más altas cumbres de las montañas de la Atlántida, lo cual colocaría el perdido continente entre el África y América.

Así, hasta hace poco, cada cual podía especular a sus anchas en cuanto al lugar donde quería ver yacer la famosa Atlántida, pero con la expedición de Beebe y el libro de Wegener probando que el Continente Americano sin duda ha cambiado de lugar, habiendo sido transportado a su actual sitio debido a algún gigantesco cataclismo, la teoría de que las Azores marcan la tumba de la Atlántida parece ganar fuerza y tener más viso de certeza que las otras.

En otras palabras, los hechos son como sigue: La América Central está llena de ruinas de una civilización prehistórica semejantes a las que se hallan en Egipto. Debe haber habido forzosamente alguna comunicación entre los dos países. Si suponemos la existencia de la Atlántida cerca de las costas del África, y la posibilidad de que América haya estado mucho más cerca del África de lo que hoy día está, tendremos allí la conexión natural buscada.

Las canoas primitivas de los polinesios navegan hasta 800 millas en alta mar, lo cual habría sido un juego de niños para los expertos marinos egipcios, cuyas naves dieron la vuelta al África sin dificultad. Sin la existencia de la Atlántida y la aproximación de América a África supuesta por Wegener, la distancia entre los dos continentes sería demasiado grande para que los navegantes egipcios la hubieran cruzado; pero dando por sentado que estos dos fenómenos pueden haber acontecido, tenemos la solución de los innumerables problemas que hoy día se presentan al estudiar las ruinas de la América Central.

Estos enigmas, al parecer insolubles, son como sigue: Existe en Guatemala un río Nil, o Nilo, cerca del cual hay pirámides. ¿A qué se debe esto? En todas las tradiciones y libros de los antiguos mexicanos y centro-americanos encontramos referencias idénticas a la catástrofe mencionada por Platón.

La idea egipcia de colorear los puntos cardinales del compás, relacionándolos con los órganos internos (Norte - rojo - pulmones; Sur - blanco - hígado; Este - abdomen - amarillo, etc., etc.) es exactamente la acostumbrada por los Maya en Yucatán. También hallamos la misma alfarería y la costumbre de momificar a los difuntos en muchos pueblos de América.

Descifrando algunas inscripciones descubiertas en los monolitos maya de Centro América, el doctor Renald Strath, de Seattle,

encontró un pintoresco relato de la destrucción de la Atlántida. Según este relato, la tierra chocó con un planeta a consecuencia de lo cual desapareció un continente, permaneciendo el resto del mundo en la obscuridad por espacio de diez y ocho meses. La fecha citada es de 1,300 años antes de Jesucristo, y se predice otro encuentro con el mismo cuerpo celeste dentro de 52,000 años, lo cual nos da todavía esperanzas de no presenciar tan horrendo acontecimiento.

Las inscripciones mayas describen la civilización de la Atlántida con gran lujo de detalles. Existía el voto femenino, pero el voto que cada cual daba variaba según la importancia y la edad del individuo. Según estas figuras, la famosa Esfinge de Egipto fue construida por una Reina de Atlántida, expatriada, para perpetuar a su hermano asesinado. Las civilizaciones más avanzadas de Europa, África y América fueron sólo colonias fundadas por la Atlántida, que era el centro y el cerebro de la organización mundial.

Pero a pesar de todo, vuelve con insistencia la duda sobre la relación entre Centro América, Egipto y la Atlántida. El autor de la célebre obra *La Civilización de México Prehistórico*, Lewis Spence, cree en la existencia de la Atlántida, pues de otra manera no puede explicarse el contacto entre América y Egipto.

En cuanto a la idea de que América haya cambiado de lugar, nos declara Wegener que aún hoy día Groenlandia se mueve hacia el Oeste a una velocidad de 36 metros cada año. Tomando como base esto, América habría caminado 350 millas hacia el

Oeste en los últimos 15,000 años, si bien nada se opone a creer que puede haber tenido movimiento más rápido anteriormente.

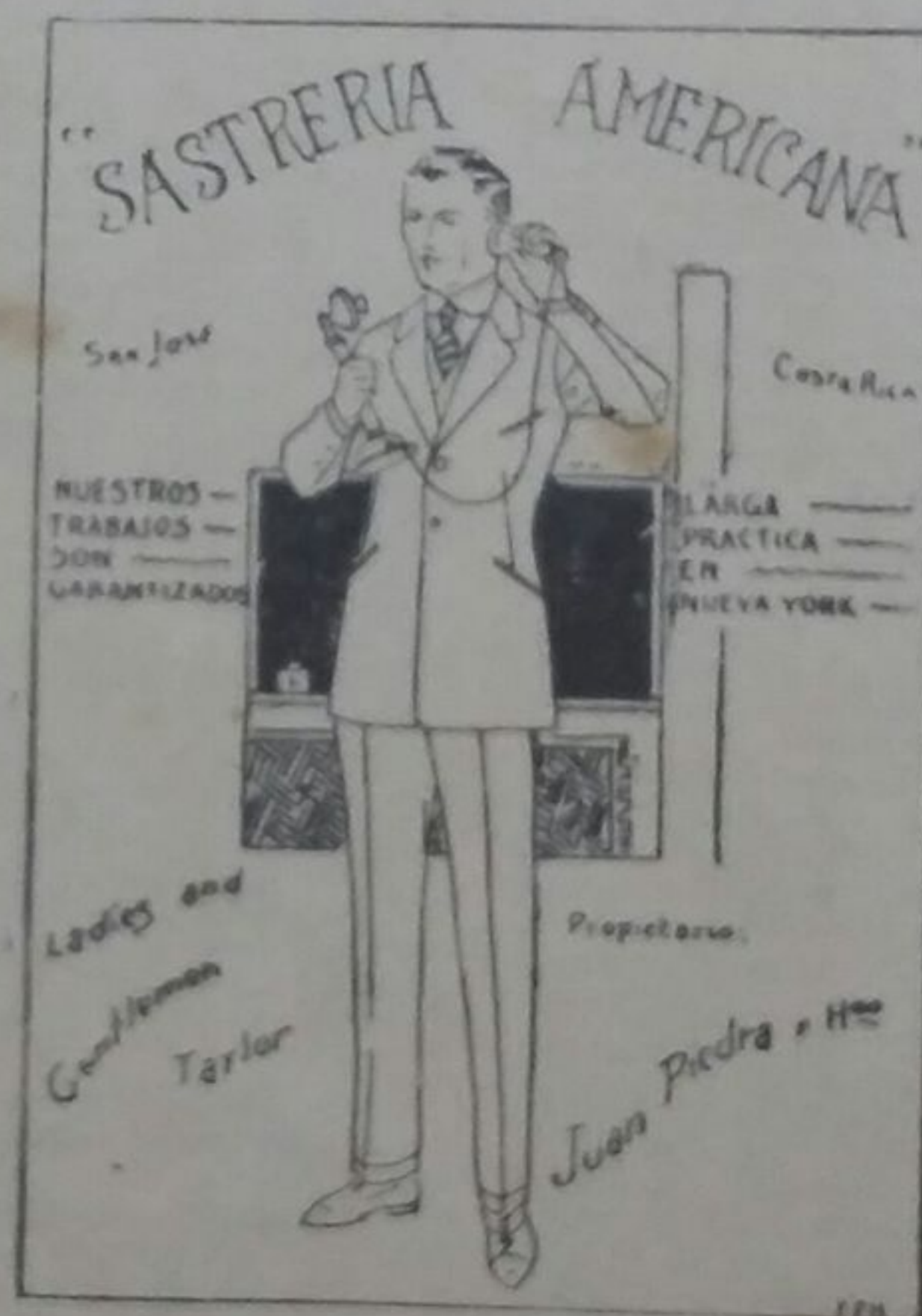
El Estado de Florida, en los Estados Unidos, se halla ahora a 5,000 millas del Mediterráneo. En la fecha mencionada por los Maya pudiera haber estado sólo a 4,000 millas. Concediendo la posibilidad de la existencia de la Atlántida, las comunicaciones entre Egipto y Centro América dejan de ser un imposible.

William Beebe, quizás obtenga pruebas de la existencia del famoso Continente, recogidas bajo las verdes aguas del Mar de Sargazos. Tal vez le esté reservada la gloria al profesor Wegener de haber adivinado la solución del problema, pero de día en día se hace más evidente que bajo las ondas cruzadas a diario por centenares de barcos que llevan millones de pasajeros, yace el secreto de nuestra civilización.

En el fondo de los mares los peces y la duda juegan entre las ruinas, que algún día saldrán a asombrar los ojos de los mortales, a menos de que el cataclismo terrible consignado en los anales de los Maya haya destruido para siempre hasta su más leve vestigio.

San José, Julio de 1928

NOTA DE LA REDACCIÓN: En uno de los próximos números del *Repertorio Americano* aparecerá un juicio crítico de la pluma del Prof. Rudolf Schuller sobre esta interesante y bien documentada disertación, dedicado al complicado problema en torno de la Atlántida.



Lado Oeste Foto Hernández